

Nuevas ocasiones

Juan Pedro Molina Cañabate

www.molinacanabate.com

La presente novela está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual y fue publicada por Ediciones Idea en 2008.

En 2014 fue reeditada por el autor en formato e-book para su difusión online.

| | |
|---|-----|
| Tahonas y tranvías | 4 |
| Un auditorio embrujado | 18 |
| Algo que enseñar..... | 27 |
| La Central..... | 32 |
| Cuentas pendientes al otro lado del mar | 37 |
| Todo algo más claro | 47 |
| Hombres como todos los demás..... | 50 |
| El viaje de Perceval | 62 |
| Buenas noches o buenos días | 76 |
| Estrellas en la azotea | 81 |
| La Bodega Reims | 90 |
| Ronda..... | 97 |
| Madrid, 1985: sesenta años después | 114 |
| Ir pronto a casa | 129 |
| A modo de bibliografía | 131 |

Tahonas y tranvías

Por aquel entonces, en Madrid había barrios que olían a tahona y chicos con gorrilla que vendían la prensa por la calle. La forma más rápida de moverse por la ciudad era el tranvía, pues el suburbano — inaugurado tan sólo cuatro años antes— aún tenía un trayecto de pocas estaciones. Estamos en los últimos meses de 1923, año en que el general Primo de Rivera entró en la capital una mañana de septiembre, y, a los dos días, los españoles teníamos las Cortes disueltas, un dictador más y unas cuantas libertades menos.

El pulso de la calle era tenso. Pero algunos, quizá por instinto de supervivencia, nos recluimos en nuestras propias burbujas, inventándonos una despreocupación cada vez más alcanforada y sin fecha de caducidad. Frecuentábamos los cafés y, allí, en vez de recordar el desastre de Anual o la incógnita del futuro, preferíamos hablar de la ola de calor que había matado a un guarda de El Retiro, del invento de De la Cierva o del estreno de cualquier zarzuela. Mi círculo de amistades se interesaba algo más (sólo algo más) por la cultura y nos recomendábamos novelas unos a otros, comentábamos algún artículo de la Revista de Occidente, y, de vez en cuando, recordábamos la entonces reciente visita a Madrid de Albert Einstein, que muchos no olvidaremos jamás.

Por entonces, yo era un jovencísimo y prometedor médico con un futuro que cumplir y muchas ganas de aprender, de saber qué derroteros tomaría la Medicina en una época en la que las ideas de

Freud ya eran reputadas pero en la que, paradójicamente, aún no se conocía la penicilina.

Fuera de España se decía que el mundo disfrutaba de los felices años veinte. Y quizá fuera cierto, pero la Gran Guerra había dejado en Europa cierto olor a pólvora y cicatrices difíciles de disimular. A un periodo de incontrolable optimismo en los primeros compases del siglo —plagado de innumerables avances científicos y técnicos— había seguido otro de hambre y frío, y lo que muchos llamaban bienestar no era más que un tímido sol de invierno. Los amigos que volvían de Francia aseguraban que, tras la guerra, París no era más que una sombra de sí misma.

Como el régimen de Primo había impuesto censura de prensa, aquellos que integrábamos el Círculo Científico de Madrid adquirimos la costumbre de reunirnos en nuestra sede e invitábamos a colegas que venían del extranjero, especialmente de París, para que nos contaran, de primera mano, qué ocurría afuera.

Yo había llegado al Círculo gracias a Juan Senn, que en su día fue mi profesor y, más tarde, jefe, mentor y amigo. En la Universidad, sus alumnos decíamos que se parecía a Julio Verne, tanto en el físico, como en su inteligencia y humanidad. Y, aún hoy, en las fotografías tuyas que se conservan y que de vez en cuando aparecen en alguna revista especializada, se puede adivinar en su mirada la nobleza de su alma y la tranquilidad de espíritu que irradiaba a todo su alrededor, incluso en los momentos más difíciles. Senn había quedado viudo y vivía con su hija, pero de esa historia hablaré más adelante.

Poco antes de terminar la carrera, yo había tenido dos cosas claras. La primera era que debía ponerme a trabajar cuanto antes. Yo no era de Madrid, sino de un pueblo de Valladolid, y mi padre, dueño de un

florecente negocio, me había pagado los estudios con reservas. No creía que yo estuviera capacitado para ser médico; según él, me faltaba inteligencia y sangre fría, y la prueba en la que se basaba era que yo quería ser tan sólo, según sus propias palabras, “médico de niños”, lo que consideraba una soberana estupidez. Muchos años antes, él había pensado para mí otro futuro, en Valladolid, a su lado y gestionando el negocio familiar según sus criterios. Accedió a pagarme la carrera de Medicina sólo por la insistencia de mi madre, pero con la mente puesta en que, a la vuelta, se me miraría en el pueblo con respeto. Entonces, sólo entonces y con esas reservas, yo sería digno de ser su sucesor. Por todo esto yo tenía claro que debía ponerme a trabajar en Madrid, casi de cualquier cosa; todo antes que volver a casa.

La segunda idea que había tenido clara antes de terminar la carrera era que algún día, no sabía si muy lejano, me dedicaría a la docencia. Era tal el placer que había sentido en el estudio y tal el agradecimiento a mis profesores, que, en cierto modo, yo también quería dar aquello que había recibido.

Por eso, nada más obtener mi título empecé a planificar mi doctorado y a buscar trabajo con ahínco. Senn aceptó dirigir mi Tesis y, para mi asombro, me ofreció, además, un empleo en su consulta privada. Según él mismo me dijo, tenía dos razones de peso para hacerme ese ofrecimiento: en primer lugar, él pasaba consulta de medicina general y, como yo me había especializado en pediatría, le parecía interesante que en la consulta se pudiera atender, no sólo a nuestros pacientes habituales, sino también a sus hijos. En segundo lugar, se sentía cansado y necesitaba delegar en alguien para tener más tiempo libre e investigar. “No te puedo pagar mucho”, dijo, “pero te vendrá

bien tener un primer trabajo clínico”. Acepté sin dudarlo; sabía que al lado de aquel hombre iba a aprender mucho más que Medicina.

Al igual que muchos médicos de entonces, Senn tenía la consulta en su propio domicilio, un piso luminoso y de techos altos de la calle Jorge Juan, muy cerca de la Biblioteca Nacional y a un paso de Serrano. La primera vez que entré allí me impresionó aquel largo pasillo que olía a limpio, entarimado y reluciente, adornado con plantas. Al final del corredor, se adivinaba, tras una puerta entreabierta, un salón iluminado por la luz del mediodía al que aquella primera mañana no entré.

—Antes de enseñarte tu despacho —me dijo Senn mientras me llevaba al otro extremo del piso— quiero que veas el mío, para que te des cuenta de que tienes que estar aquí como en tu propia casa.

Hoy, las consultas, de tan asépticas, son demasiado impersonales y frías. Pero antaño, la consulta privada de un médico de la categoría de Senn era más que una consulta, quizá porque ese tipo de personas eran más que médicos. Aquel lugar de la casa tenía más de despacho de estudio que de consulta clínica. Gracias a su balcón —desde el que se podía ver El Retiro— la consulta gozaba siempre de mucha luz; tenía dos grandes librerías de madera, en cuyos anaqueles descansaban cientos de manuales médicos, casi todos en francés. En un extremo estaba su mesa de roble, finamente trabajada; en el otro, al lado del balcón, una pequeña mesa baja con dos butacas, que utilizaba para hablar de asuntos quizá menos clínicos pero no por ello menos importantes para sus pacientes. Muchos años antes de que se descubriera la importancia de una buena terapia psicológica en la vida cotidiana, Senn ya la ponía en práctica de manera discreta, pero con toda intención y convencimiento. Porque sus pacientes, cuando

le visitaban, al principio —y probablemente por vergüenza— no le hablaban de problemas matrimoniales, ni profesionales, ni económicos. Preferían hacerlo de úlceras, de taquicardias, de calvicies prematuras. Para ellos eso era más fácil. Mi maestro, tras prescribir una o dos recetas, y si tenía mucha confianza con los pacientes, les invitaba a sentarse con él en las butacas, junto a la mesa baja. A la luz del balcón hablaban de asuntos más personales: cuéntame qué pasa por el Congreso, qué tal van tus acciones, cómo marcha tu negocio. Así durante un rato en el que el paciente y amigo le hablaba de sus asuntos. A Senn le encantaba escuchar; no he conocido persona en la vida que más le gustara hacerlo. Hasta que, a media voz, aprovechando una pausa en la conversación decía: “Perdona que te lo pregunte, lo hago con el cariño y respeto de quien te conoce desde hace años: ¿va bien todo por tu casa?” Y, entonces, muchas veces, respondían que no con mohín de preocupación. Confesaban algunos detalles personales y le rogaban que no dijera nada a nadie. A lo que Senn respondía con gesto serio que el secreto profesional era algo sagrado para él.

—Tu caso es más frecuente de lo que crees. Te hace falta reposo, que fumes menos y que te vayas con tu mujer un fin de semana a la sierra.

Al cabo de poco tiempo, los pacientes advertían cómo mejoraban de sus dolencias. Senn y yo sabíamos por qué, pero mi maestro decía siempre que los nuevos fármacos obraban milagros con las úlceras.

Era un buen hombre y nos llevábamos bien. Él me había adoptado como discípulo y temía que dos peligros me apartaran de mi destino de médico. El primero tenía que ver con la edad: yo era muy joven, impresionable y con la cabeza llena de utopías. El segundo tenía que ver con la experiencia: a veces, un médico se cree por encima del bien

y del mal y se enorgullece de tener en sus manos las vidas de sus pacientes. Cualquiera de los dos caminos era fatídico y, si bien el primero puede desaparecer al poco tiempo de ejercer la profesión, el segundo camino siempre está ahí, tranquilo, soleado y tentador.

Para que yo evitara los dos, Senn pensó que sería bueno que yo me asociara al *Círculo Científico de Madrid*, del que él era miembro desde hacía años. Su propósito era claro: yo tenía que madurar como médico, conocer a otros profesionales y relacionarme con ellos, seguir un aprendizaje continuo. De primeras le respondí que no, que no era muy amigo de pertenecer a grupo alguno y que, como mucho, sólo formaría parte de la *Junta de Estudios e Investigaciones Científicas* cuando fuera profesor, por el orgullo de pertenecer a un grupo que había contado con Ramón y Cajal, Echeagaray o Menéndez y Pelayo. Hasta entonces, hasta que mi sueño de ser docente se cumpliera, seguiría dedicando mis ratos libres a mi Tesis.

—Tú hazme caso, Daniel. El trabajo no te va a llover del cielo si algún día se cierra la consulta, y en esta profesión, como en todas, hay que estar bien relacionado. No por medrar; sino porque el hombre, aunque racional, es un animal de tribu y estar fuera de ella es peligroso.

Al bueno de Senn le gustaba hacer comparaciones entre las personas y los animales. Entre otras cosas, decía que las manadas tienen miedo de los animales solitarios porque no saben qué peligrosos pueden llegar a ser. Quizá por eso, a los solitarios —decía— los demás hombres los matan, los encierran en manicomios o se ríen de ellos. Yo creía que mi maestro estaba obsesionado con que yo “pertenciera a la manada”, con que me asociara al *Círculo*, con que bailara al son de la música que bailaba todo el mundo.

Al principio no quise hacerle caso. Él era un hombre sabio, sin duda, pero a veces demasiado alarmista. De cuando en cuando, si sacaba a relucir aquella proposición, yo le daba largas y decía que aún no había decidido nada.

Hasta que un día me propuso comer en su casa. Evidentemente, no me lo dijo así, la invitación no fue tan clara e incluso arregló las circunstancias para que pareciera que fuera yo quien se lo pidiese. Fue a propósito de la Tesis; una tarde de viernes le dije que quería consultarle cierta bibliografía y entonces él, mientras se mesaba su barba blanca, quedó un instante en silencio.

—Querido Daniel, creo que eso tendrá que esperar ya hasta la semana que viene.

—Es una lástima, quería trabajar un poco en la Tesis este fin de semana —le respondí.

—Sí, una lástima. No sé dónde tengo los libros exactamente. Los buscaré el sábado por la tarde y te los daré el lunes. A menos que...

—¿Qué?

—A menos que quisieras comer en casa. ¡Pero, chico, no sé si decírtelo, eres muy tímido y no te vas a atrever!

—Bueno, Juan, aunque sólo sea por puro orgullo, le acepto la invitación.

—Perdona, no creo lo que oigo. ¿Cómo dices?

—Que le acepto la invitación.

Senn tenía sonrisa de triunfo cuando nos despedimos.

Al día siguiente me presenté en su casa, y se me hizo raro estar allí de visita y no para pasar consulta. Me abrió la puerta Eugenia, la joven de su servicio, con su sempiterno delantal, y me acompañó a través del largo pasillo. Al fondo estaba la puerta que veía todos los días entreabierta y de ésta salía una música elegante y tenue, como el ir y venir de las olas de un mar en calma. La muchacha abrió la puerta y la música se hizo más intensa. Era el salón privado de la casa. Mi maestro me esperaba sentado en un sillón, leyendo un libro a la luz del mediodía; la música sonaba de un magnífico gramófono. Al lado de Senn estaba sentada una joven. Era Sofía.

Sofía era su hija y, evidentemente, ya la había visto muchas veces aunque nunca la había hecho demasiado caso. Creía prudente mantener cierta distancia lógica con quien, a fin de cuentas, era la hija de mi jefe. Además, he de confesar que aquella chica no me llamaba la atención lo más mínimo. Tenía poca estatura y era excesivamente delgada para mi gusto. Era tan joven que aún no había ingresado en la Universidad. Para colmo, en todos aquellos meses no habíamos podido mantener una conversación interesante que durase más de diez segundos.

Cuando ella se levantó para saludarme, nos dedicamos la misma sonrisa de cortesía de todos los días. Pero, aquella mañana, a diferencia de otras, me tendió su mano, delicada y suave.

—Me alegra verle algo más relajado que los días de trabajo, Daniel.

—¿Yo? ¿Más relajado?

—Sí; está muy serio por las mañanas.

Sentí vergüenza.

—¿Te molesta la música? —me preguntó Senn para que olvidase mi apuro.

—Para nada.

—Entonces te gusta Verdi.

—No sabía que era suya; no parece ópera —me apresuré a decir para llevar la conversación por otros caminos.

Senn me dijo que era el prelude de La Traviata.

—Te la pongo desde el principio.

Eugenia nos trajo unos aperitivos, y, mientras los tomábamos, Senn empezó a hablarme de las bondades del libro que estaba leyendo cuando llegué: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Vicente Blasco Ibáñez, de quien era admirador y lector fiel. Al poco rato nos sentamos en la mesa y Sofía me preguntó, de improviso, cómo estaba pasando esos primeros meses en la consulta y si yo estaba a gusto trabajando con su padre. Se me atragantó la sopa, me quedé sin palabras y la vergüenza volvió a inundarme las mejillas. Vaya pregunta la de aquella jovencita; no podía imaginarme que pudiera ser tan directa.

—Daniel, ¿me escucha? Le he preguntado qué le han parecido los primeros meses en la consulta y que cómo trabaja con mi padre.

—Digamos que de forma satisfactoria, claro.

—Anda, ¿así, sin más? —rebatí Sofía ante la mirada divertida de Senn. ¡Papá, tienes que despedirle!

Me miró con una bella sonrisa. Todo había sido una broma por su parte.

—No es que le conozca mucho —me dijo—, pero, si le soy sincera, no esperaba otra respuesta de usted, doctor Martín. ¿Quiere un poco de vino? A esto no me puede decir que no.

—Pues siento decirle que no bebo mucho. Bien es cierto que no necesito el pulso firme de un cirujano, pero, ¿se imagina si al reconocer la garganta de un paciente, en vez de ver dos amígdalas veo cuatro? Menudo problema.

Nos reímos los tres mientras comíamos. Totalmente distendido, Senn nos confesó que un antiguo colega de profesión —del que prefirió omitir su nombre— se presentó un día bebido al quirófano. “Según las malas lenguas”, contó, “estaba cortejando a una conocida cantante de revista y la noche antes a la intervención que debía realizar, la pasó por ahí de cabaré en cabaré. No sé qué credibilidad tienen estos rumores; el caso es que el resultado fue un desastre. Al intentar hacer la primera incisión, *izas!* cayó de bruces sobre el cuerpo del paciente que, por suerte, ya estaba sedado. ¡De milagro no le clavó el bisturí!”.

Según dijo Senn, este sujeto era conocido en los círculos médicos por su talento y por haber cosechado éxitos muy joven, recién terminados sus estudios. En la alta sociedad, y sobre todo, entre las mujeres, era conocido y admirado por su porte y por su innegable atractivo.

—Un día, en uno de los salones que frecuentaba —dijo mi jefe, divertido— le preguntaron cuál era el secreto de su éxito con las mujeres. Él dijo que tenía un remedio infalible, *infalible*, para que cualquier dama le dedicara, al menos, unos minutos preciosos de su atención.

—Dinos cuál es, papá —preguntó Sofia.

—Venga, dígalo, que yo también estoy intrigado.

—Bien, este galán dijo que su secreto era el mismo que ponía en práctica en el ejercicio de la Medicina. ¿Sabéis cuál? Aquel doctor admirado por muchos, odiado por otros y amado por casi todas las mujeres ponía en práctica el más simple pero, a la vez, el más olvidado de los métodos: saber escuchar. Qué tipo, lo inteligente y lo buena persona que fue para tratar con las personas y lo extremadamente tonto que lo fue en su profesión. Pero, en fin, todas las personas somos así, ¿no?, poliédricas, con claroscuros.

Senn tomó su vaso de vino saboreándolo y perdiendo la mirada en el infinito. Su expresión se tornó algo triste.

—¿Usted le conoció bien?

—Por supuesto.

—¿Y dónde ejerce ahora?

—Ah, hijo, es que no te he contado la historia completa. Me acordé de él cuando os dije que se presentó borracho en el quirófano. Déjame que te la cuente. Le expulsaron del colegio de médicos y le prohibieron ejercer la medicina. Hoy vive en el sur, alejado de todo.

—Es una triste historia. Dígame, al menos, que él es feliz.

—Oh, claro que lo es.

Cuando cambiamos la conversación hacia asuntos más banales, yo no podía imaginarme que, años después, conocería a aquel hombre del que Senn había ocultado con tanto celo su identidad. Y, por supuesto,

tampoco podía imaginarme que aquel hombre, aun habiendo sido expulsado del Colegio de Médicos, iba a ser fundamental para que mi maestro y yo pudiéramos seguir ejerciendo la Medicina e, incluso, poner a salvo nuestras vidas.

Continuamos con la comida y, tras los postres, Senn propuso ir a dar un paseo. “Tiene gracia que vengas aquí a trabajar todos los días y que pases en esta casa la tarde entera de un sábado. ¡Vámonos al Retiro!”.

No sé qué extraño sortilegio había obrado en mí aquel almuerzo, pero, un rato después, mientras caminábamos por El Retiro, me olvidé por completo de que Senn era mi jefe y de que Sofía era su hija. Vistos de cerca no parecían padre e hija, sino, por su complicidad, un tío con su sobrina o dos buenos amigos. Por obra de un milagro, uno de ellos, Senn, había envejecido a mayor velocidad que el resto de los mortales, pero había sido premiado por los dioses con el don de la sabiduría; el otro o, mejor dicho, la otra, Sofía, había probado el elixir de la eterna juventud.

Cuando atardeció, me convencieron para que volviéramos juntos a la casa para merendar. Accedí ante la insistencia aunque dijera en un primer momento, por educación, que no. La verdad era que a mí también me apetecía estar con ellos un poco más. Había quedado en pasarme por la tertulia en el Café de Sol y ya llegaba tarde, pero los amigos bien podían esperar un poco más o, incluso, entender mi ausencia.

Una vez en su casa, Sofía me preguntó si me gustaba la fotografía y, sin mediar palabra, marchó a paso rápido hacia su cuarto y volvió al poco con una caja de hojalata entre las manos, una caja del tamaño casi de una de zapatos. La abrió y allí, revueltas, estaban guardadas

docenas de fotografías, retratos de ella y su padre en su mayoría, un lujo al alcance de pocos por entonces. Una a una, Sofía me iba enseñando los retratos y, poco a poco, para mi sorpresa, ella dejaba de ser una desconocida para mí. Por los protagonistas de aquellas fotografías, pude saber la importancia que le daba a la familia (abundaban las fotografías de sus padres, que me explicaba con cariño, y también de niños pequeños que resultaron ser primos lejanos). De ella había pocas, un par de ellas en El Retiro y de un viaje que hizo con su padre a Cádiz, nada más enviudar, quizá para que el sol del sur iluminase la oscuridad de unos días que era preciso superar. Me di cuenta también de que no había foto de ningún joven, por lo que intuí que no tenía ningún novio aunque, a buen seguro, sí que tendría pretendientes.

—Oye, Sofía, ¿y por qué no tienes más fotos...?

—¿De quién?

Estuve a punto de ser descubierto. Era una insensatez hacerle preguntas demasiado personales en aquella primera visita a su casa, no como empleado, sino como amigo de la familia.

—Tuyas.

—Para qué, no me hacen falta. Pero, ¿por qué me lo pregunta, doctor Martín?

Hoy, muchos años después, estoy seguro de que Sofía sabía perfectamente a lo que me refería o, mejor dicho, a lo que me iba a referir con aquella pregunta. También estoy seguro de que ese tratamiento de usted que ella insistía en darme no era más que un

arma para establecer milimétricamente unas distancias que, por lógica, debían ser acortadas.

Mientras, Senn nos miraba, feliz y distraído, como si las piezas del puzzle encajaran a la perfección, como si Sofía también empezara a bordar mi destino con puntadas limpias, precisas e invisibles.

Me despedí ya avanzada la tarde, con la promesa de volver otro sábado. Cuando bajaba las escaleras de caracol, oí que Senn me llamaba. Miré hacia arriba, y allí estaba su cara de Julio Verne.

—Daniel, se me ha olvidado seguir hablando contigo del Círculo Científico. Toma una decisión, ¿vale? El lunes se cierra el plazo de nuevos aspirantes a socio y me gustaría saber si puedo presentarte o no.

Sonreí y le dije que de acuerdo, que durante el fin de semana me lo pensaría. Mientras bajaba los peldaños de la escalera sonaba en mi mente aquel preludio de Verdi. Antes de salir por el portal ya había tomado una decisión: le diría que sí e ingresaría en el Círculo.

Tiempo después me enteré, paradojas de la vida, que, en su juventud, Giuseppe Verdi se enamoró perdidamente de Margarita, la hija de su mentor y amigo Antonio Barezzi.

Un auditorio embrujado

Mi candidatura como nuevo socio fue aceptada por la totalidad de los miembros y fui admitido en el Círculo Científico de Madrid, al que empecé a acudir un par de tardes a la semana. La cuota era mínima y los socios teníamos que pagar con el desempeño de tareas. Al ser uno de los miembros más jóvenes, yo estaba encargado de cursar las invitaciones oficiales y atender a los conferenciantes como si fuera un secretario o un asistente personal. Una tarde, después de una de nuestras veladas, nuestro presidente, Mariano Mendizábal, se acercó a mí y me llevó a un aparte.

—Daniel, ¿tú no estabas preparando una Tesis?

Le contesté que sí, sobre enfermedades infantiles, y que Senn era mi Director.

—Algo creía recordar al respecto —dijo Mendizábal—. Es que, ¿sabes? Ha regresado a Madrid el hijo de un amigo mío que impartía clases en la Sorbona como profesor ayudante con Pierre Janet. Es un joven brillante, muy brillante. Y seguro que te caerá bien y quizá te pueda ayudar en tus investigaciones. Te puede dar pistas, conseguirte cartas de recomendación por si quieres ir a París, no sé. En todo caso, creo que podría ser un invitado magnífico. ¿Por qué no le invitas?

Levantando el mentón, con pose que pretendía ser egregia pero que se quedaba casi en ridícula, Mendizábal me tendió un papel donde

había escrito su nombre y dirección: Ilmo. Doctor Germán de Castro. Arenal, 10.

Acepté con recelo.

Al día siguiente envié una invitación formal dirigida al doctor De Castro. Éste no tardó en contestar con otra misiva, que me fue traída en mano por un mozo, al parecer de su servicio doméstico, con malos modales, poca paciencia y mucha prisa. El chico, pelirrojo y con la cara picada de viruela, parecía un duende. Le di una propina y cuando iba a cerrar la puerta, me dijo que el doctor de Castro quería que yo leyera la carta en el momento para dar una respuesta inmediata.

—¿Seguro que te la tengo que dar ahora?

—Sí, sí, ahora. Y no me puedo ir sin que *usted* me diga algo.

En fin. Abrí el sobre y leí en una letra angulosa y retorcida:

A la atención del doctor Daniel Martín

Estimado doctor:

Será para mí un honor departir con ustedes en el Círculo Científico de Madrid.

Si les parece bien, les propongo hablar de las psicopatologías producidas en los antiguos combatientes de la Gran Guerra. He tenido la oportunidad de tratar a algunos de esos pacientes en mi estancia en París y quiero compartir con ustedes esa experiencia.

Si no tienen inconveniente, les propongo el miércoles a las siete de la tarde.

Agradeciendo su invitación, reciban un cordial saludo,

Dr. Germán de Castro, Catedrático en Psiquiatría

A pesar de que han transcurrido todos estos años, mucha gente pregunta cómo se cruzó en mi camino Germán de Castro. Yo les contesto que de aquella forma tan simple, a través de esa carta, con aquella tortuosa grafía. Sé que no es muy racional que un médico hable de intuiciones o de un sexto sentido, pero cuando vi ese papel supe que algo iba a cambiar en mi vida. Y no sabía si para bien o para mal.

Doblé la carta y la guardé en el bolsillo del chaleco.

—Dile al doctor De Castro que, por mí, perfecto, el próximo miércoles a las siete de la tarde. Y que si desea conocer previamente el Círculo, puede también venir aquí, si le parece, un día antes. También a las siete.

El chico masculló algo parecido a un adiós y bajó corriendo las escaleras como alma que lleva el diablo.

—¿Quién era, Daniel? —preguntó a mi espalda Paloma, la señora que limpiaba nuestras oficinas, y que siempre venía por las tardes a última hora—. ¿Por qué te has quedado tan serio?

—Un chico del servicio de nuestro próximo conferenciante.

—¿Y no ha podido pasarse él por aquí?

—Por lo que veo, no.

—Ay, señor, es que los que tienen servicio son muy finos —dijo con ironía, afectando la voz—. Daniel, prométeme que si un día tú eres un catedrático o un investigador famoso, no serás estúpido.

—Se lo prometo.

El doctor De Castro fue al Círculo al martes siguiente y a la hora convenida. Era tan sólo un poco mayor que yo y me impresionó que, tan joven, ya hubiese llegado tan lejos. Complexión atlética, mentón fuerte y algo afilado, peinado pulcramente hacia atrás. El traje que llevaba, de color oscuro, estaba confeccionado por el mejor de los sastres. Se presentó de forma seria pero muy educada y mirándome a los ojos como si fuera un mago que quisiera leer mis pensamientos.

Aunque era serio, parco en palabras y, quizá, demasiado asertivo, De Castro mostró unos modales irreprochables en aquella primera visita. Con preguntas directas y certeras se interesó sobre nuestra asociación y sus miembros. Incluso se interesó por mí: mi especialidad médica, dónde trabajaba, mis aspiraciones. Yo, incauto, inocente, quizá demasiado joven, quizá deslumbrado por el hecho de que un eminente científico se interesase por mí —joven médico con poco currículum y muchas aspiraciones— le respondía a todo y sin ningún reparo: que era el primer médico de la familia y que mi padre (que tenía una tienda de tejidos en Valladolid) no comprendía por qué yo quería ser “médico de niños”, como me decía irónicamente.

—Usted es un hombre de ciencia; no debe preocuparse por eso —me aconsejó.

Antes de irse, me rogó, si era posible, cambiar la disposición de las sillas de la sala. “No voy a utilizar el atril”, aseguró, “y prefiero que estemos todos en círculo, mirándonos las caras”.

Al día siguiente los miembros de la asociación le esperaban de pie, ansiosos, y, cuando pasó por la puerta, acompañado de un solícito y rimbombante Mendizábal, todos se acercaron hasta él para saludarle. Tras unas cuantas presentaciones apresuradas, el presidente dio unas palmadas, pidió silencio y rogó a todos que nos sentáramos. Una vez en círculo, se deshizo en elogios hacia nuestro invitado; nos habló de su trayectoria en la Sorbona, de sus relaciones con Pierre Janet, de su intención de quedarse en España para ayudar a la Ciencia de nuestro país. De Castro debía estar acostumbrado a toda aquella pleitesía, pues ni se inmutó ante tales muestras de admiración. Sólo esperaba su turno, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza algo inclinada y la mirada perdida en el infinito, muy concentrado.

Luego tomó la palabra, escueta y directa, contundente.

—Gracias, colegas, por vuestra invitación y por vuestra acogida.

Echó su cuerpo hacia adelante, apoyó la mano izquierda sobre la rodilla y con la otra empezó a marcar el ritmo de las frases, abriendo o cerrando el puño para enfatizar su relato:

—Estoy convencido de que, gracias a la hipnosis, podemos curar a pacientes que han sufrido episodios traumáticos. Así lo demuestran mis experiencias con antiguos combatientes de la Gran Guerra. Si me atendéis unos minutos, podréis saber cómo, mediante la regresión, podemos localizar momentos clave en los individuos. Momentos que, en serie, pueden producir trastornos mentales en nuestros pacientes pero que ellos, de forma consciente, son incapaces de recordar.

He de reconocer que su oratoria nos embrujó a todos. Era fascinante la forma en que relataba cómo sus pacientes, en estado hipnótico, revivían los días en las trincheras; cómo tumbados en un diván, a salvo en París, temblaban con el frío padecido en los inviernos pasados o se agobiaban por la insoportable persistencia del sudor en verano. Nos hizo oler a todos el barro, el olor que se mezclaba con el de la suciedad, el olor de las botas, el de la pólvora, el de la grasa con la que se cuidaba el armamento. Nos explicó cuánto pesa un correa en los hombros de un soldado y los pensamientos que se apoderan de éste cuando los lleva puestos en la trinchera, justo antes de iniciar un asalto. Y nos corroboró que la locura que a muchos sobreviene después de los combates no se produce por los actos de los que han sido testigos, sino por los que ellos mismos han cometido.

Seguimos su relato en total silencio.

—Tengo la satisfacción de haber curado la mente de muchos pacientes gracias a la hipnosis. ¿El secreto? Debían enfrentarse a sus problemas conociéndolos antes y, sobre todo, debían confiar en mí de forma ciega. De forma ciega —repitió—. O el abismo o yo.

Tras la conferencia, Mendizábal abrió una ronda de preguntas. Una docena de manos se alzaron para pedir turno, pero no sirvió de nada porque todos empezaron a hablar y a preguntar al mismo tiempo: “¡Queremos que haga una demostración aquí!”, “¿Cuándo volverá al Círculo?”, “¿Podría explicarnos más casos prácticos?”

No había terminado de responder a una pregunta cuando le formulaban otra. Con sonrisa de satisfacción y cortesía exquisitas,

nuestro invitado intentaba contestar a todos, apenas sin pausa. Sólo se tomó su tiempo para responder, con gran énfasis, a una cuestión:

—¿Por qué ha vuelto a España?

Entonces se irguió, agravó la voz y dijo:

—España tiene una puerta abierta a muchos cambios y se nos requiere para ayudar. Sería muy fácil quedarme fuera del país ahora, pero siento la necesidad de quedarme aquí, de vivir el día a día, de trabajar el día a día.

Hizo una pausa y miró a los rostros del auditorio. Sí, todos le seguíamos.

—Nosotros, como científicos —continuó—, tenemos un doble deber. No me toméis a mal lo que os diré ahora: yo no tengo nada contra las clases obreras, es más, debemos hacerlas crecer. Pero nosotros, *nosotros* —enfaticó— somos los que estamos llamados a dirigir. Hemos tenido la oportunidad de estudiar e investigar y, por eso, tenemos más deberes y responsabilidades que otros. Los hombres de ciencia españoles estamos obligados a poner a nuestro país en el lugar que se merece.

Aplausos. Aplausos y más aplausos.

Estoy seguro de que si estas palabras se hubieran dicho hoy, en los últimos años del siglo veinte, hubieran provocado alguna sonrisa llena de indulgencia. Sin embargo, discursos patrióticos de este tipo estaban cargados de sentido por aquellos días, sobre todo para algunos pensadores de corte muy conservador. No les podía parecer de otra manera. Hacía poco más de veinte años que España era aún potencia colonial y, en muy poco tiempo, la neutralidad en la Gran

Guerra había puesto de manifiesto a los beligerantes que, en el tren de la Historia y en la economía mundial, nuestro país viajaba en vagón de segunda clase. Para los que odiábamos y odiamos las armas, la paz era la única salida para un pueblo, como el nuestro, crisol de diversas culturas. El tiempo nos daría la razón: a largo plazo, la Gran Guerra no podía traer más que otra gran guerra, aún más larga y más cruenta. Pero los argumentos lógicos poco importaban a los violentos. Como si no fueran pocos los problemas fuera de nuestras fronteras (Marruecos), los beligerantes (de uno y otro signo político) se obcecaron en buscar enemigos en casa sin reparar que el pacifismo también era patriótico.

—Bueno —dijo Mendizábal para cerrar el coloquio, con las palmas de las manos juntas, casi en actitud orante—, veo que todos estamos encantadísimos de haber contado hoy con la presencia del doctor De Castro. Así que, le voy a proponer, doctor, que, si le parece, vuelva con nosotros la semana que viene.

Y todos asintieron con cara de satisfacción, esperando que De Castro les hiciera el favor, el gran favor de volver. Tras un instante, viendo a un auditorio entregado, bosquejó cara humilde y dijo que sí, aceptaba, que sería un honor para él volver y, sobre todo, que sería para él un honor formar parte, algún día, del *Círculo Científico de Madrid*.

Me fijé en Juan Senn: se mesaba la barba, inexpresivo y serio, distante. Miraba a De Castro como quien mira a una alimaña que ronda un corral. De repente, volvió su cabeza hacia mí —pareció como si me leyera el pensamiento— y puso una mueca de impotencia

hacia lo inevitable. Al término del acto le pregunté qué le había parecido la intervención.

—Este muchacho nos va a traer la ruina. Te lo digo yo, Daniel.

Aunque yo pensaba como mi maestro, le pregunté por qué tenía tal certeza.

—Juan, ¿acaso le conoce? ¿De dónde?

Senn no me quiso contestar a esa pregunta entonces, sino mucho tiempo después.

Algo que enseñar

Pasó un año y, según auguraban los periódicos en aquellas navidades de 1924, Madrid estaba a punto de cambiar de cara: la Asociación de la Prensa iba a tener una nueva sede que se ubicaría en plena Plaza del Callao y que sería el edificio más alto y lujoso de toda Gran Vía. Ésta, a su vez, se llenaría de cines y salas de fiesta y algunos decían que, con el tiempo, por muy difícil que pudiera parecer, sería más famosa que la mismísima Carrera de San Jerónimo. Más abajo, en la Plaza de España, se erigiría un monumento a Cervantes y su Quijote. Los periódicos de aquellos días también alertaban del incremento de automóviles en la ciudad e informaban que, por seguridad, no podrían circular a más de 24 kilómetros por hora, velocidad excesiva, vertiginosa, para muchos. Los carruajes, a partir de ahora, deberían circular por la derecha. Por el subsuelo, la “línea dos” de suburbano unía puntos tan alejados entre sí como la Puerta del Sol y Ventas.

Las páginas de Cultura daban cuenta de los éxitos de Benavente y Valle-Inclán y hablaban de una nueva corriente artística surgida en Francia: el surrealismo.

En política algo empezaba a cambiar también en aquel año. La gran mayoría de escritores y catedráticos universitarios se oponían — abiertamente ya— a los métodos de Primo de Rivera. Mientras que sus enemigos se multiplicaban incluso en el seno del ejército, el dictador buscaba dar un golpe de mano en África para afianzar su política nacional. Por fortuna para él, el proteccionismo que indujo

en la economía española hizo crecer la industria y disminuir el paro, al menos en un primer momento. Para alargar la vida de este espejismo, Primo estaba dispuesto a todo por rocambolesco que pareciera: desde pactar operaciones militares con Francia para acabar de forma conjunta con el problema de Marruecos, a —tras ahogar a la izquierda dura— aliarse con el socialismo más moderado para controlar y manipular mejor a los movimientos obreros. Parecía como si el pulso del país se acelerase, sin que nadie supiera cuál sería el desenlace final.

Las cosas también habían cambiado mucho en el último año en el Círculo Científico: De Castro se granjeó, aún más, las simpatías de la Junta Directiva, y ésta, animada por Mendizábal, le ofreció un cargo que él aceptó en poco tiempo y sin hacer muchas preguntas. Jerárquicamente, entonces, estaba por encima de mí y me encargaba frecuentemente alguna que otra gestión.

Después de las charlas, y por regla general a raíz de alguna pregunta, De Castro volvía a hablar de política. Estaba claro que profesaba ideas patrióticas, pero yo no sabía exactamente de qué signo. Hasta que un día, cuando estaba con él a solas, después de una de nuestras reuniones, me dijo que el General Primo de Rivera sabía lo que estaba haciendo y que sacaría al país de la ruina. Dijo también que no había nada en este mundo peor que la traición, y que quienes traicionaban al viejo general no eran conscientes de que, en realidad, estaban vendiendo al país entero, estaban dejando el futuro de la política nacional en manos de la izquierda.

Yo, que, como ahora, era totalmente apolítico, hice como si no le hubiera oído. En principio creí que De Castro se había tomado mal aquel silencio, pues en el tiempo que llevaba trabajando con él había

aprendido por experiencia ajena que no era bueno llevarle la contraria. Sin embargo, para mi sorpresa, empezó a tratarme con más respeto, comenzó a interesarse por las labores de secretaría y otras funciones de subordinados, empezó a pedirme, incluso, opiniones clínicas (a las que, por cierto, apenas podía contestar, hecho al que él restaba importancia). Parecía como si quisiera granjearse mi amistad a toda costa. Y, una tarde, tras una de nuestras reuniones, y cuando menos lo esperaba, me tomó del brazo, me llevó a un rincón de la sala y en tono de confidencia, me preguntó:

—Daniel, ¿te gustaría trabajar en la Universidad conmigo?

Qué paradoja: aquél de quien desconfiaba me ofrecía un trabajo, el trabajo con mayúsculas: dar clases en la Universidad.

—Necesito a mi alrededor gente como tú. Gente con personalidad.

—Mire, yo...

—No hace falta que me contestes ahora. Me hago cargo de que tienes compromisos de trabajo con Juan Senn. Senn, quién me lo iba a decir, encontrarnos después de tanto tiempo.

—Así que se conocían.

—Mi padre y él fueron camaradas —lo dijo sin mirarme a los ojos, con total ausencia de sentimiento y, mucho menos, de admiración—. ¿Me darás una respuesta?

—Lo pensaré, claro, pero antes me gustaría comentarlo con Senn.

—Bien, si así lo quieres. Pero antes quizá te convendría saber algo más de su pasado.

¿A qué venía eso? No me dio tiempo a preguntarle. Dio media vuelta y se fue apenas sin decir adiós.

He de confesar que la proposición de De Castro era tentadora. No sólo porque me ofreciera un trabajo ideal, mi sueño desde hacía años, sino porque pasaba apuros económicos y me hubiera venido bien un sueldo que se sumase al que ya ganaba con Senn. Visto de forma pragmática, su oferta tenía más ventajas que inconvenientes: a fin de cuentas, los jefes son nuestros enemigos naturales y no debía preocuparme por el despotismo de De Castro. Yo necesitaba el dinero y Senn comprendería que quisiera prosperar.

Sin embargo, había dos ideas que no se me quitaban de la cabeza. La primera era el respeto que debía a Senn como maestro y director de Tesis. Él siempre me había tenido en consideración, era un hombre humilde y sabio. Era una buena persona que no se creía como tal, sino persona, a secas, con sus virtudes y defectos. Y a alguien así sólo se le puede respetar. La segunda idea era un recuerdo: la primera vez que vi la letra de De Castro, el escalofrío que me produjo más tarde su sola presencia cuando visitó, por el Círculo primera vez, la sensación de que no era persona de fiar.

Diría que no a De Castro. Iría a verle a su despacho, tal como le prometí y, cortésmente, rehusaría su proposición. Pero antes, tal como le había anunciado a De Castro, se lo comentaría también a Senn.

Cuando lo hice, y pese a que le dije muy claramente que rechazaría la proposición, Senn puso gesto preocupado. “¿Cuándo vas a verle?”, me preguntó. Le contesté que, si podía, esa misma mañana.

—Oh, por supuesto, ve cuanto antes y así te quitas esa gestión de en medio.

—Juan, no se preocupe, le diré que no. Si usted está a gusto conmigo, yo lo estaré con usted.

—Querido Daniel, ya sé que no te irás. Y te digo algo más: si te fueras, si algún día decidieras marcharte, no pasaría nada. Todos queremos progresar en la vida y está claro que, algún día, tú dejarás la consulta. Lo que me preocupa es lo que te pueda decir ese De Castro.

—Me dijo que usted y su padre fueron camaradas.

—Sí, y por más que intento olvidarlo siempre hay algo o alguien que me lo recuerda. Y no te he dicho nada antes no porque no me fíe de ti ni quiera tener secretos contigo, sino porque hay personas a las que es mejor olvidar. Pero, corre, corre, vete, que cuanto más pronto vayas, antes estarás de vuelta.

—¿De verdad que no le importa?

—Que no, hombre, que no. ¡Corre!

La Central

Por aquellos años aún no se había empezado a construir la Ciudad Universitaria —eso sería en 1929— y la Universidad Central, la que nos tocó vivir, no era más que una serie de edificios dispersos por Madrid, que debían albergar en sus estrechas aulas a un número cada vez mayor de estudiantes.

Esta dispersión era algo más que arquitectónica. Desde 1906 las revueltas estudiantiles habían sido constantes y cada nueva protesta era más virulenta que la anterior. Como si de un teatro o una caja de resonancias se tratara, la vida universitaria reproducía y amplificaba las tensiones de la esfera socio-política del país y las hacía más patentes a quien, hasta entonces, no las quisiera ver. Cualquier suceso que ocurriera fuera de Madrid obtenía así eco en la capital con consecuencias imprevisibles. Miguel de Unamuno, entonces vicerrector en Salamanca, había sido desterrado ese mismo año por su oposición al régimen. La reacción en Madrid no tardó en llegar y muchos docentes de la Universidad Central fueron expedientados por apoyar al autor de *Niebla*.

Medicina se impartía en el Hospital San Carlos, en Atocha, y De Castro tenía allí su despacho. Estaba ubicado en los sótanos, cerca de unas antiguas enfermerías y no tenía ventanas; y aunque se empeñaba en hacerlo luminoso (paredes de un blanco incólume, con una gran lámpara blanca en el techo) y todo presentaba una exquisita pulcritud, el lugar se antojaba tan lúgubre como la sala de un forense.

Cuando entré, él firmaba unos documentos —cartas, quizá— que se apresuró a guardar en un cajón.

—Sabía que vendrías. Siéntate.

Tenía la mesa increíblemente limpia y ordenada. En uno de los extremos lucía una pequeña enseña militar y una foto dedicada del General Primo de Rivera, vestido con su uniforme militar.

—¿Sabes lo del traslado? —me dijo, para iniciar la conversación.

—No.

—Se quiere llevar la Universidad a las afueras de Madrid. ¿No lo sabías?

—Ahora que lo dice, algo había oído, pero, la verdad, no le he hecho mucho caso.

—Se quiere llevar la Universidad a Moncloa. En fin. Por lo que a mí respecta, el lugar me da igual. Lo que me importa es qué se enseña y quiénes enseñan, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Ese Unamuno, por ejemplo. Y los de aquí: Asúa, Marañón y otros. Dios mío, qué gente. Y luego va el rey, en julio, y concede un indulto. Así no se hace un país. ¿Tú qué crees?

Intenté disimular y puse cara como si no me interesara el tema.

—Venga, hombre, quiero saber qué piensa un médico joven como tú, con todo el futuro por delante.

—Pues, hombre, yo creo que Unamuno tiene sus razones para protestar y que en Madrid, si se protesta, pues no pasa nada malo. A fin de cuentas, es sólo política.

—No es sólo política. Es, ni más ni menos, que po-lí-ti-ca. Te interesa poco, por lo que veo. Al menos, estarás conmigo en que el rey ha sido un cobarde.

—Bueno, un rey debe ser generoso. Eran sólo unas protestas.

—Ya...

“Ya...”, repitió De Castro, como si se hubiera dado cuenta de que no serviría para el cometido que iba proponerme.

—Por cierto, Daniel, ¿has pensado algo de lo que te dije, de trabajar aquí en la Universidad conmigo?

—Sí, y la respuesta es que no. Yo se lo agradezco mucho, pero he iniciado un proyecto a largo plazo con Senn y...

—Bueno, pues no hay nada más de qué hablar —dijo, interrumpiéndome—. Creo que hubieras tenido futuro en la Universidad, pero, en fin. Adiós, Daniel.

Nos levantamos, nos dimos la mano y él quedó pensativo un instante, hasta que dijo:

—Ten cuidado con Senn. Al general no le gusta nada tu jefe. Ni tu jefe ni la gente con quien anda.

Lo dijo en voz baja, silabeando la frase y mirándome a los ojos. Aquel día no supe si lo hacía como advertencia o como amenaza. Pero lo que sí supe, de lo que estuve totalmente seguro, era que De Castro

trabajaba para el grupo más cercano al poder y que, posiblemente, era un hombre tapado del Régimen dentro de la Universidad, incluso dentro del Círculo Científico. Salí de su despacho aparentando tranquilidad, después de que él me despidiera como si no hubiera pasado nada, sacando de nuevo los documentos que estaba revisando, con el semblante tranquilo y distante de los que firman las sentencias de muerte.

Volví a la consulta algo taciturno. Senn me vio pasar; en un principio no quiso decirme nada, como si supiera todo lo que me había contado De Castro. Trabajamos los dos en silencio toda la mañana, hasta que al final se asomó por el despacho.

—Hijo, no quise decirte nada para no preocuparte, pero si ese tipo te ha dicho que soy persona *non grata* para el régimen, es verdad. Y si también te ha dicho que me hablo con personas que para él no son de fiar (repito, para él), pues también es verdad.

—Pero, Juan, ¿por qué no me dijo nada? Me hubiera gustado saberlo.

—No quería asustarte.

—Pero cómo me voy a asustar. Yo, al menos, creo que usted es un buen hombre. Y que, como todos los que han llegado a cierto lugar en la vida, tendrá sus enemigos. Pero, vamos, creo que no ha matado a nadie.

—Pues, efectivamente, hijo, —dijo mi maestro mientras se mesaba su barba blanca—. Matar a nadie, te aseguro que no, pero he visto morir a muchos, en una época, precisamente, en la que conocí al padre de De Castro.

Le pedí que, por favor, me contara esa historia. Si tenía que estar al lado de mi maestro estaría, pero quería conocer todo su pasado y por qué se encontraba en esa situación.

—¿Te apetece ir al Retiro? —me preguntó.

Al cabo de unos minutos, paseando por el parque, me estaba contando una historia de ultramar, de amores perdidos, de hombres funestos y destinos sin aún cumplir.

Cuentas pendientes al otro lado del mar

Por edad, Juan Senn pertenecía a esa clase de hombres que vivieron los últimos años de una España colonial, aparentemente rica y feliz. Su familia era de clase media y su padre era un buen abogado que, sin embargo, carecía de los recursos económicos suficientes y de los contactos precisos para que su hijo se librara del servicio militar. La mala suerte y la falta de contactos de su padre quisieron, entonces, que un jovencísimo Senn, recién licenciado en Medicina, tuviera que servir a la patria en un destino de ultramar, una isla tropical en donde, según el cancionero popular, los españoles éramos queridos y la gente era feliz, había mujeres hermosas y podía beberse buen ron.

Senn llegó a la isla tras un largo viaje en vapor y, nada más poner los pies en tierra, comprobó que el cancionero que cantaban las cupletistas sólo acertaba en las dos últimas suposiciones, y no siempre. Cuando, petate al hombro, tuvo que preguntar a algún nativo qué camino debía seguir para llegar al cuartel, advirtió, en el mejor de los casos, el mayor de los desdenes hacia su persona, y, en el peor, la más profunda desconfianza o el mayor odio. Hasta que no llegó a la isla, no tuvo la ocasión de comprobar y comprender que los españoles no éramos queridos allí; no por extranjeros, sino por colonizadores.

El cuartel estaba en las afueras, ya en la selva, y más que un cuartel parecía un fuerte, parecido a aquellos que había visto en las ilustraciones de los periódicos de Madrid, que representaban fielmente las construcciones militares del ejército en los Estados Unidos de América.

En el portalón de entrada dos soldados montaban guardia y subían y bajaban una barrera para dejar el paso franco o prohibir la entrada al recinto militar. Cuando Senn llegó se encontró una desagradable sorpresa: él creía que ellos mostrarían hacia su persona más respeto que el que había encontrado en los nativos de la isla; primero, por ser compatriota; segundo, por llegar como sargento. Le dieron el alto como a un vulgar ladrón, comprobaron sus cédulas con desprecio y aunque le saludaron militarmente al devolverle su documentación lo hicieron sin mirarle a los ojos y con el mayor de los desdenes. Cuando levantaron la barrera, Senn entró a la que desde entonces iba a ser su casa: un gran patio con forma de cuadrado equilátero, cuyos lados eran los interiores de barracones. Pese a que a que estaban a cielo abierto, olía fuertemente a guiso, a sudor y a agua estancada. Cuánto iba a echar de menos su casa; cuánto iba a maldecir su suerte por estar allí y no en la Península.

Se dirigió al barracón médico, en donde le esperaba el oficial al que ayudaría: Ignacio de Castro, quien, muchos años después, sería padre de Germán de Castro. Las primeras impresiones le engañaron: aquel oficial, fibroso y de extrema delgadez, tenía un aspecto delicado. Su comportamiento parecía a veces afectado, como un petrimetre del Rey Sol o como si se jactase de guardar modales exquisitos y un lenguaje irreprochable en aquella selva. Por las noches ponía música en un gramófono: grandes arias que él escuchaba en éxtasis mientras fumaba sin parar cigarros de la tierra. Tuvieron que pasar algunos días para que mostrase su verdadera faz, su lado más cruel: pegó una paliza con un bastón a un soldado, un pobre chico al que acusó de simular una enfermedad para estar en la enfermería y no de guardia. El resultado fue un pómulo roto, varios dientes mellados y un par de brechas que Senn tuvo que coser porque el oficial médico,

lógicamente, se negó a hacerlo. “Hazlo tú”, le ordenó, “pero no te esmeres mucho, que la paliza se la tiene bien merecida”. La cara del muchacho quedó desfigurada hasta su muerte, un par de meses después, causada por la enfermedad tropical que en realidad tenía y de la cual De Castro creyó que era un embuste.

Este episodio afectó sobremanera a Senn, pero no a Ignacio de Castro, que desconfiaba de los hombres del regimiento, “sólo gentuza”, según él, que en sus pueblos, en España, pertenecían al lumpen y que, como jovencitas, se quejaban por nada. Había que hacerles el caso justo, sin blanduras de corazón pues, a fin de cuentas, aseguraba, “si no agarraban el tifus en la isla cogerían la tuberculosis en sus propias casas”.

Todas aquellas palabras obraron en Senn el efecto contrario al que deseaba De Castro, pues en vez de sentir prevención por la tropa, empezó a experimentar un sentimiento cercano al afecto. La mente racional de Senn no podía discernir entonces si lo que sentía realmente era compasión o hermanamiento con esos hombres rudos, casi primitivos, cuyo comportamiento, a veces, era rayano a la animalidad, pero también a la simplicidad de espíritu de los niños. El destacamento empezó a respetar el trabajo de Senn y le daban las gracias de corazón cuando eran atendidos en la enfermería.

Valoraban no sólo las medicinas de aquel joven médico, sino también su tacto y su respeto; respeto de un superior hacia subordinados. De Castro, mientras, empezaba a desconfiar. Y cuando Senn estaba a punto de sentirse el hombre más solo del mundo apareció Mateo.

La tropa le llamaba así, Mateo, o también don Mateo o el tío Mateo y, en realidad, había aparecido antes, mucho antes, pero Senn apenas se había fijado en él. Era un hombre mayor, casi enjuto, que cada cierto

tiempo traía las provisiones para el cuartel en un carro tirado por mulas. Senn ya había tratado con él un par de veces, cuando el tío Mateo le trajo unas vendas y alcohol del puerto, pero, en realidad, no había tenido la oportunidad de charlar con él sin prisas ni encargos de por medio, y eso que tenía interés en conocerle: la tropa hablaba bien de él: en una época y un lugar en donde lo fácil era sisar y cargar las cuentas, él no lo hacía. Cuando, al fin, mantuvo una conversación con el viejo, Senn se dio cuenta de que era un hombre de los que caía bien enseguida: poseedor de una vastísima cultura (no de la que dan los libros, sino los años vividos) tenía el don de saber conversar. Se sentaban en el porche de la enfermería y hablaban sin descanso. Mateo nunca quiso decir a mi maestro por qué se había marchado de España; al menos, las razones verdaderas, porque lo que sí le daba eran excusas vagas, todas sustentadas en un deseo de vivir mejor, de tener un poco más de dinero, de no preocuparse por el futuro, de disfrutar de un clima más propicio para su reuma y su artrosis. Senn sabía que escondía algo que no le quería decir, pero no sabía exactamente *si ese algo* era la causa de una huida.

Mateo se había casado con una mujer de la isla con la que había tenido una hija, aún joven y por la que estaba preocupado. “Algún día las gentes de este pueblo querrán la independencia, la tomarán con los españoles que estemos aquí, y nos tendremos que volver a casa otra vez”, decía el hombre.

Un día, Senn le comentó todo de lo que había sido testigo desde su llegada. “Lo que te tenga que pasar, te pasará. Y a ti también te perseguirán un día, como a éstos”, dijo mirando a la tropa. “¿Y quién lo hará?”, preguntó mi maestro. “Ése, ése lo hará”.

No sabía a quién se refería. Podía ser un soldado díscolo o un nativo que estuviera a nuestro servicio y que profesara la causa independentista. “¿Quién es, Mateo?”, preguntó a su nuevo amigo sin que él le contestara, pensativo, sopesando los riesgos que corrían los dos si era demasiado imprudente al contarle sus secretos. “Es ése”, dijo, y le señaló con la barbilla, en silencio: De Castro. “Es una hiena. Y las hienas nunca atacan de frente, lo hacen en manada y al animal que esté más distraído”.

No le hizo mucho caso entonces; pensó que su aversión se debía a algún enfrentamiento que habían tenido ambos y que había traspasado al terreno personal. Poco después, Senn conoció a Irene, la hija de Mateo, que un día vino a ayudarle con las provisiones. Ella misma se acercó hasta la puerta de la enfermería con el pedido de material quirúrgico. Fue una mala suerte que De Castro también la viera y, tras docenas de preguntas, se encaprichara de ella. Y digo que fue mala suerte porque la chica le gustaba a Senn, le gustaba en serio y creía que el sentimiento era mutuo.

Políticamente, la vida en la isla se fue haciendo cada día más difícil. Los primeros grupos insurrectos empezaron a hacerse cada vez más populares entre la población, y parecía que el vaticinio de Mateo se cumpliría con toda seguridad. Una noche, el cuartel fue objeto de un ataque. La dotación lo repelió con más tesón que buen hacer y sufrieron algunas bajas y heridos de consideración. Desoyendo las órdenes del comandante, un grupo de soldados salieron del fuerte a perseguir en la espesura a lo que ellos creían que eran ya los últimos hombres del enemigo. Querían traerlos como prisioneros. En medio de la oscuridad se oyeron unos cuantos disparos y después, el silencio absoluto. El comandante les llamó, pero no se oyó nada más. Absolutamente nada. Todo parecía indicar que estaban muertos.

De Castro tenía el defecto de la soberbia. Ordenó a Senn que salieran a buscarles. Él le dijo que no, que era imposible: que salir a la noche, fuera del fortín, era firmar su propia sentencia de muerte.

—No me repliques. Aquí quien da las órdenes soy yo. Ya me tienes hartos.

Salieron a la espesura agachados, con un morral a la espalda en el que llevaban los útiles para unos primeros auxilios que a Senn se le antojaban baldíos. Tras andar unos cuantos minutos, se toparon con los cuerpos de los muchachos, cosidos a balazos. Entonces, De Castro desenfundó su pistola. Apuntó a Senn.

—Eres un hijo de puta y te voy a matar aquí ahora mismo —le dijo entre dientes y con rabia, como se mata al perro sin dueño—. Me estás traicionando. Y lo vas a pagar.

Mi maestro cerró los ojos ante aquella muerte inminente y comprendió qué débiles son nuestras manos cuando intentamos controlar el timón de nuestro destino. La vida había decidido por él y estaba a punto de morir por los deseos de un hombre cruel, más fuerte y contra el que nada podía hacer. Nadie podía escucharle en ese momento; nadie podía ayudarlo. Toda su vida, toda su luz se apagaría como se pierde el rastro de una luciérnaga en la noche. En un latido de tiempo se acordó de sus padres, de todo el cariño que había recibido de ellos y de lo poco que les había dado. Los sentimientos de pena y ausencia de ellos se hicieron imán y vértigo. Estaba a punto de morir, y, además, humillado; pero era tan grande el dolor, tan inmenso, que no sintió siquiera odio por su ejecutor. Cayó de rodillas al suelo y sollozó y sollozó como un niño. ¿Acaso había dejado de serlo alguna vez?

Nunca se está preparado para decir adiós a todo.

De repente sonó un disparo. Pero mi maestro no sintió nada. Quizá el ejecutor habría errado; quizá habría un segundo disparo, el mortal, el definitivo.

Pero no se oyó.

Cuando, entre lágrimas, abrió los ojos, vio cómo De Castro estaba de rodillas, como él, con la mano en el costado y con rictus de dolor. Luego perdió el conocimiento y cayó al suelo, de bruces.

Senn estaba vivo, milagrosamente vivo; por el contrario, quien iba a ser su ejecutor, se desangraba a un par de metros de él, inconsciente, gracias, paradojas de la vida, a una bala enemiga. Se dio cuenta de que el diablo se lo ponía fácil: sólo tenía que esperar unos minutos a que De Castro se desangrara, arrastrar su cuerpo hasta el cuartel, explicar lo sucedido y olvidar a aquella persona cruel para siempre.

Sin embargo, Senn no había nacido criminal. Se enjugó las lágrimas y cargó a De Castro a sus espaldas. Debía darse prisa: en el cuartel, él era ahora el único capaz de operar y salvar vidas, incluida la de De Castro.

El oficial médico vivió de milagro; primero a la operación y luego al periodo de recuperación, que, por las fiebres, fue incluso peor que la bala que se había alojado en su costado.

Cuando volvió en sí, De Castro dijo a Senn con gesto adusto y altivo que no se acordaba de nada de lo que había pasado. Absolutamente de nada. “Le tengo que agradecer”, dijo secamente, “que me haya salvado la vida. Merece estar en un mejor destino y pediré su traslado lo antes posible”. Quizá para un ingenuo estas palabras podían

parecer de agradecimiento. Pero los dos sabían lo que había pasado. Él pediría el traslado de Senn, pero no como recompensa, sino para tenerle lejos, para que nadie supiera toda la verdad de aquella noche. Para él eso era humillante, como si estuviera viviendo de prestado gracias a un subordinado. Él daba la vida a los demás; otro se la había perdonado. Nadie tenía que saberlo nunca, jamás.

El traslado fue cosa de semanas. Ya en Madrid, mi maestro terminó su servicio militar y, poco a poco, se asentó en la profesión. Fue un proceso largo y duro. La vida es un gran laboratorio científico en el que siempre hay que fallar unas cuantas veces para hallar la respuesta correcta. A veces, al echar la vista atrás, comprendía que el destino de un hombre no era más que un cúmulo de circunstancias que se entrelazan de forma arbitraria, como, si además de mirar nosotros por un microscopio, también nosotros fuéramos observados por otro ser aún mucho mayor, como si fuéramos células en estudio de un gran organismo. Por lógica, aquella noche, la del ataque de los insurgentes, mi maestro debería haber muerto por el disparo de De Castro, pero por un juego del destino, estaba vivo, a muchos kilómetros de allí.

Un mañana, en el hospital donde trabajaba entonces, el conserje fue a llevarle un recado: abajo, en la puerta, había una señorita que venía de ultramar y traía una carta para él. Cuando salió a la calle le esperaba Irene, la hija de Mateo, feliz por verle de nuevo, pero con un halo triste en la mirada. Le tendió la carta. “Tenga, no la he abierto, pero sé lo que dice palabra a palabra”. La abrió. Con letra decidida, Mateo le había escrito lo siguiente:

“Querido Juan, si está leyendo usted ahora mismo esto, es que ya habré muerto. Si todo sale como he planeado, la

carta se la habrá dado mi hija en persona, que ha dejado las islas porque aquí no tiene futuro. Hizo bien en irse de aquí cuanto antes y aceptar el traslado que le ofreció De Castro para comprar su silencio. Por aquí las cosas han ido de mal en peor. No sé si algún día usted será padre; yo, como sabe, sí lo soy, y he hecho todo lo que he podido para dar a mi hija una buena educación, si es que se podía en una isla como ésta. Si yo muero, ella quedará sola, al arbitrio del destino. No hay nada que me repugne más que imaginarme a mi propia hija en brazos de alguien sin honor o que la tome sólo por placer, como se juega a los dados. Sé que con usted estará bien. Cuídela, por favor. No le sugiero que le ofrezca matrimonio, aunque me gustaría; lo que le ruego es que la cuide hasta que un hombre que esté enamorado de ella la lleve al altar. Hasta entonces, le pido, por favor, que me ayude. No sé si usted tendrá una hija alguna vez. Quizá los hombres seamos muy posesivos, incluso con las hijas, y esta circunstancia nos hace más vulnerables, pero el caso es que cualquier daño que les hicieran es como si nos lo hicieran a nosotros multiplicados por mil”.

Si fuera leída hoy, aquella carta —que Senn guardaba con devoción— sería tomada como ejemplo de un machismo enfermizo y un egoísmo intolerable. Las personas deben aprender a volar solas, sean cuales sean sus circunstancias; el riesgo, el peligro, forman parte de la vida tanto como los laureles del triunfo o el cansancio tras el placer. Sin embargo, en aquellos años de principio de siglo, en los que las mujeres eran consideradas como poco más que ciudadanos de segunda, sólo los padres de una persona indefensa, apenas sin

derechos civiles por haber nacido mujer, sabían la importancia que tenía que ésta uniera su destino con un hombre que la amara y la respetase.

Mateo había depositado en Senn la responsabilidad de cuidar de su hija hasta que apareciera un buen marido. Ella se encontraba ante mi maestro, vestida con alivio de luto, con el pelo recogido y mirando al suelo.

—¿Has comido, Irene?

—No, acabo de llegar del tren. Además, no estaría bien que una mujer entrara sola a una cafetería.

—Pues allá vamos los dos.

Irene vivió unos meses al cuidado de la madre de Senn. No podía decir si fue el roce el que hizo el cariño, como dice el refrán; pero al cabo de un tiempo, Juan Senn, recién concluido su servicio militar en España, pedía a Irene su mano. Meses después estaban casados.

Todo algo más claro

—Gracias por contarme esa historia, Juan. Creo que ahora tengo todo más claro. Ya sé por qué Germán de Castro le odia y por qué quería separarme de usted. Si me hubiera ganado para su causa, se lo habría tomado como un triunfo sobre usted.

—Eso creo. Siento, de veras, que por ser amigo mío te veas en estos líos ahora, tantos años después.

Guardamos silencio durante unos segundos, como si nos hubiéramos dado cuenta de que aquella aventura nos iba a unir mucho más.

—¿Te has dado cuenta de que el Retiro está precioso? —preguntó—. Mira los árboles: vuelven a tener las ramas verdes. El buen tiempo vuelve; se cumple un ciclo. Desde hace un tiempo, tengo la sensación de que no me importa ser un año más viejo, porque la vida me trae de nuevo una oportunidad para deshacerme de las hojas viejas y hacer crecer otras nuevas, como en estos árboles. Te voy a contar un secreto que aprenderás con el paso de los años, Daniel.

—Dígame.

—La vida te dará siempre nuevas oportunidades para hacer mejor las cosas. Siempre. Pero, sin embargo...

—Sin embargo, qué.

—Sin embargo, también te dará nuevas oportunidades para ponerte a prueba. Si no, todo sería muy fácil, ¿no crees? Y te digo esto porque sé que Germán de Castro se ha tomado tu negativa como una ofensa

personal y ahora estás en una posición más que delicada. De verdad. Siendo amigo mío y rechazando su propuesta le has humillado y no parará hasta que pagues por ello. Muy probablemente, te hará la vida imposible y no parará hasta que te vayas del Círculo.

—No se preocupe. Sabiendo cómo es, podré hacerle frente.

—Te ayudaré en lo que pueda, pero me temo que será poco. Tiene muchos amigos y puede hacerte mucho daño.

—Me está empezando a asustar.

—Quiero prevenirte. Sé que saldrás de ésta, claro. Pero está en tus manos a qué precio. Daniel, yo sólo soy un viejo elefante al que los leones han atacado más de una vez. Todavía sigo en pie. A ti te pasará igual. Seguirás en pie, pase lo que pase. Lo sé. Si quieres, compartiré contigo alguno de mis secretos. Yo, por ejemplo, tengo dos armas.

—¿Cuáles?

—La primera de todas es mi embestida. Como elefante viejo puedo ser torpe, quizá demasiado pesado. He cargado muy pocas veces en mi vida, pero cuando he embestido contra algo, ha sido de forma mortal.

—¿Y la segunda?

—Mi manada. Siempre viene cuando la necesito.

—¿Quiénes son? ¿Se puede saber?

—Oh, no es necesario ahora. No te preocupes por saberlo; quizá eso te traería más problemas de los que ya tienes. Daniel, prométeme una cosa.

—Dígame, Juan.

—Prométeme que, pase lo que pase lo que pase no perderás la confianza en ti y no olvidarás que Sofía y yo te apreciamos mucho.
¿Me lo prometes?

—Se lo prometo.

Hombres como todos los demás

Al principio, el enfrentamiento con De Castro no fue radical: empezó con un leve distanciamiento que apenas nadie advirtió y continuó unas semanas después con una mutua prevención. El contacto personal desapareció por completo, y juro que a veces él me miraba con prejuicios, como si yo hubiera cometido un delito. Lo hizo tanto y de tan diversas formas, que empecé a creer que realmente así era; que, quizá, ser amigo y discípulo de Senn estaba mal o no era del todo correcto.

Una vez marcadas las distancias, aquel hombre que vino de la Sorbona y que un día me trató como si yo fuera el único que valía del Círculo Científico, empezó a dudar de mi valía como miembro de la asociación. Empezó a decir que mi currículum aún era escaso y que todavía me quedaba mucho, no sólo por demostrar, sino por aportar.

Mientras tanto, y por desgracia, De Castro ganó enteros y no sólo en el Círculo, sino en la misma Universidad. Pasaba cada vez menos por nuestra asociación y, cuando iba, me hacía mil encargos difíciles de resolver.

Pensé mil veces en dejar el Círculo, pero, afortunadamente, pensé otras tantas en las palabras que me dijo Senn: que no perdiera la esperanza en mí mismo y que recordara siempre que Sofía y él me apreciaban. Así, los desplantes de De Castro, sus malas formas y las humillaciones que empezaba a infringirme, se hicieron más llevaderos.

Y quizá fue porque Sofía y él me vieron tan triste, que decidieron llevarme un día al cine. Evidentemente, no me lo plantearon de esa forma, pues me habría sentido aún más triste. Me invitaron al cine haciendo que pareciera que era yo quien les hacía un favor.

—Daniel —me dijo Senn un viernes por la tarde—, ¿a ti te gusta el Cine Doré?

Hoy, más de medio siglo después, el Cine Doré es la sede de la Filmoteca Nacional, una reliquia robada al tiempo y a la especulación urbanística que despierta la curiosidad de quienes pasean por la calle Santa Isabel, cerca de Antón Martín. Antaño, en 1924, el cine Doré era una de las salas más populares de Madrid, edificada sobre un solar en el que, unos años antes, paraban los feriantes con sus barracas para proyectar películas sobre sábanas blancas.

—¿El Doré? Claro que me gusta —respondí.

—Es que, verás, prometí a Sofía que la acompañaría al Doré este domingo, pero me es imposible: tengo que ir a visitar a un enfermo que, además, es un buen amigo. ¿No te importaría acompañarla tú? Ya sabes, basta que una señorita vaya sola al cine para provocar mil habladurías.

—Por mí, perfecto, Juan, pero a lo mejor a ella no le gusta.

—Oh, no te preocupes. A ella no le importa que la acompañes. Vamos, eso creo.

El domingo por la tarde asistí a la cita con muy poca seguridad, mucho azoramiento y algunas prevenciones. Sofía me gustaba desde aquella primera tarde en que comí en la casa de Senn. Y, a veces, aunque sólo fueran algunas veces, yo sentía que ella tenía muy en

cuenta mis opiniones y me miraba con un brillo en los ojos parecido al afecto. Sin embargo, algo me decía que no tenía que hacerme ilusiones; a fin de cuentas, Sofía era la hija de mi jefe.

Me presenté el domingo por la tarde, muy poco después de haber almorzado. Eugenia me abrió la puerta con mirada desconfiada, como si creyera que yo fuera un caradura y que había dado el golpe del siglo al trabajar con Senn y luego intentar seducir a su hija. Sentía unas ganas irreprimibles de decirle a la señora que no, que no: que estaba allí casi por compromiso y que yo acompañaba esa tarde la señorita Senn porque su padre no podía.

Mi amiga salió de su habitación con una sonrisa inmensa que iluminaba más que el nuevo sol de primavera que empezaba a asomar por Madrid.

—¡Estás muy guapo, Daniel!

Dios mío. Por aquellos años, salir al cine con una chica era más que eso, era una declaración de intenciones. En mi caso, no era exactamente una *declaración*, era un *descubrimiento* de intenciones. Me sentía descubierto, sobre todo cuando empecé a sentir que mis mejillas se sonrojaban, se ponían calientes, como las orejas, como toda mi frente. Estaba sudando.

—Hola, Sofía. Tú también estás muy guapa.

Ella continuó sonriendo y me dijo: “¡Vámonos, que llegamos tarde!”

—¿Y Eugenia no viene? —dije, creyendo que la muchacha nos acompañaría como carabina.

—¿Quieres que venga?

Puse cara de horror.

—Ésta es su tarde libre, no la molestemos. Además, a Eugenia no le gusta sujetar velas.

Bajamos las escaleras, yo mirando al suelo y ella al frente y radiante. No hacía frío y le propuse ir en tranvía. Quizá no era el mejor medio de transporte para una señorita, pero la calle Santa Isabel quedaba algo lejos.

—¿Tranvía? Ni hablar, vamos andando, venga.

—Es que está lejos.

—Pero quiero andar, ¿no te parece una tarde muy buena?

—Por supuesto, perfecta. Pero no es plan que te pongas enferma. Tu padre...

—¿Crees que mi padre se enfadaría contigo?

—Pues no lo sé —dudé, estúpidamente—. Sí, sí se enfadaría conmigo.

—Entonces, por lo que veo, no quieres que me ponga enferma no por mí, sino porque mi padre se enfadaría contigo.

Aquella mocosa que acababa de cumplir la mayoría de edad me estaba bailando como un púgil a su *sparring*.

—Mira —dije vencido, suspirando—, yo...

—Daniel, te propongo un pacto. Tengo la suerte de tener un buen padre que me ha dado una buena educación. He ido a buenos colegios donde me han enseñado a ser una buena señorita y una buena futura mujer y magnífica ama de casa. Aunque luego te

explicaré qué opino yo de todas esas estupideces, quiero proponerte...
No, proponerte no: quiero pedirte un favor.

—Dime.

—Aunque sé francés e inglés, coser, recibir invitados, me muero de ganas por tener un amigo. Y luego te diré de qué tengo ganas también.

—Tú debes tener muchos amigos.

—No, quiero decir, caminar esta tarde con alguien que se olvide de que soy una chica, que desde hace poco soy mayor de edad y de que estoy en edad de casarme. ¿Quieres hablar sí o no?

—Claro —dije, sorprendido—. Vamos andando. Por cierto, ¿de qué tenías ganas también?

Ella sonrió:

—De comer un barquillo.

El secreto de la felicidad un domingo por la tarde era localizar a un barquillero por el Paseo de Recoletos, comprarle un barquillo o un cucurucho de pipas y caminar despacio y sin prisa hasta un determinado destino. Y eso fue lo que hicimos Sofía y yo en aquella cita. Mientras paseábamos, ella me contaba que le gustaba mucho el cine, que su actriz favorita era Carmen Viance y su director preferido era Florián Rey. Le también gustaba estudiar y quería ser bióloga pero, según ella, tendría que irse al extranjero con toda probabilidad porque el número de mujeres que estudiaban una carrera en la Universidad Central era ridículo por entonces. “Pero estamos casi en las mismas porque, ¿has visto que una mujer se vaya sola a otro país

a estudiar?”. Sofía me dijo que estaba segura de que algún día todo cambiaría y que la sociedad estaba llena de hombres que detentaban el poder y que se aferraban a él, precisamente, porque sabían de buena tinta que las mujeres eran más trabajadoras, más responsables y más inteligentes. “Algún día las mujeres votarán, ya lo verás. Y dentro de menos tiempo del que crees dirigirán países”. Admiraba a Dolores Cebrián, mujer adelantada a su tiempo y esposa de uno de los políticos más influyentes de la época, Julián Besteiro.

—¿Y se puede saber en dónde has leído tales cosas? —le pregunté—. Esas ideas parecen sacadas de las sufragistas inglesas.

—Pues de ningún sitio, listo. Lo pienso yo y no me equivoco. Y te sugiero, *señorito*, que no te comportes como los demás hombres si quieres que sigamos siendo amigos.

Conforme dejábamos el barrio de Salamanca y marchábamos hasta Santa Isabel, aparecían a ambos lados de la calle castañeras, limpiabotas, floristeras, churreros y barquilleros. Era como si por un momento dejásemos Madrid para zambullirnos en otra ciudad, como si una capital moderna diera paso en pocos metros a un pueblo castellano, con la suficiente magia para hacerse sentir cómodo en ambos sitios.

Llegamos al cine y pedí dos entradas en las taquillas. Me atendió una señora ya pasados los cincuenta, de gafas, ajada y algo descuidada, que me dedicó una mirada inquisitiva, como si quisiera decir, sin duda: “Mira qué cara de perverso, se trae a la novia para tocarle las piernas”. Ahora sé que en realidad no fue así, que aquella mujer no pensaría eso y que su cara de pocos amigos se debería, sin duda, al cansancio de estar toda la tarde sentada en un cuchitril y al lado de una ventanilla. Pero, entonces, a mí me pareció que todos los ojos del

mundo se centraban sobre mí. No es que fuera un puritano, ni que no me gustaran las chicas: era tan sumamente tímido que nunca había tenido novia formal y siempre me había dedicado al estudio. Sé que hoy los jóvenes entablan amistad con el sexo contrario con más facilidad, pero antaño uno sólo podía tocarle las manos — simplemente las manos— a una chica en el baile, y para llegar a ese baile había que pasar antes por algunos meses de cortejo. Aquella tarde parecía como si el destino me hubiera convertido en una ficha del *Juego de la Oca*: en vez de una lógica lineal, acababa de dar unos cuantos saltos hacia delante por atajos que sólo la suerte podía justificar. Estaba al lado de una chica inteligente y hermosa en la puerta de un cine, un domingo por la tarde. Aquella chica era la hija de mi mentor y, para asombro mío, no se parecía a ninguna otra que hubiera conocido hasta entonces. Era encantadora y tenía nobleza de corazón. Cómo no iba a sentirme abrumado. Por eso me dieron ganas de decirle a la taquillera que no, que no era novio de aquella señorita, por mucho que se arrimara a mí (Dios mío) delante de la taquilla.

Sofía advirtió mi azoramiento, e hizo lo que menos me imaginaba en ese momento y que definió mucho su carácter: me tomó del brazo, dibujó una bella sonrisa y dijo a la taquillera:

—¿Ha visto qué novio más guapo tengo, señora?

La mujer le dedicó una mirada cercana al asco.

—Es médico, ¿sabe?

La señora me puso las dos entradas por la rampilla. Las tomé y no sé explicarme cómo, quizá fueron los nervios, la necesidad de decir una última palabra, pero yo también sonreí y le dije:

—Ella también lo será.

Cuando nos sentamos, Sofía se acercó un poco a mi oído y, medio divertida me dijo: “Te confundiste, seré bióloga”.

Las películas aún eran mudas y el sonido todavía no había destronado a actrices que pretendían ser algo más que una cara bonita pero a las que no les acompañaba su voz. No me acuerdo muy bien del argumento de la cinta, sólo sé que, en una escena, sobreimpresionado en blanco sobre la pantalla negra, leímos la frase del actor protagonista:

Te querré siempre.

Sofía y yo nos miramos. ¿Por qué lo hicimos? No lo sé. Tanto en mi caso como en el suyo fue un movimiento inconsciente. Cuando ahora vuelve a mi cabeza esa escena en aquella sala semioscura, me emociona recordar el brillo de los ojos de Sofía que ya entonces —me doy cuenta ahora— estaban teñidos de cariño hacia mí. “Te querré siempre”, había dicho el galán en la película. Después de habernos mirado, no nos dijimos nada, ni sentimos vergüenza alguna, volvimos nuestras cabezas a la pantalla, como si esa mirada furtiva hubiera sido lo más natural del mundo.

A la salida comentamos la película, acompañé a casa a Sofía, ya sin nervios, como si un ángel me hubiera prometido felicidad aún por llegar, todavía invisible. Cuando llegábamos a Jorge Juan vi que Senn bajaba por la acera de enfrente. Sí; era él. Llevaba puesto su sombrero, algo más calado de lo habitual para esconder su mirada; caminaba a paso ligero y llevaba su maletín de médico en la mano. Estaba seguro de que nos vio. Sí, nos vio pero no nos dijo nada; juraría que incluso miró para otro lado. Sin embargo, lo que más me

sorprendió era que Sofía también le vio, lo juro, y, al igual que su padre, tampoco dijo nada.

—Sofía, ese hombre que acaba de bajar la calle, ¿no era tu padre?

—¿Quién?

—Sí, mira: ese hombre del maletín de médico. Ése es tu padre. Su maletín, su abrigo, sus andares.

—A ver, a ver. No, no lo es.

—Sofía, antes cuando subíamos, creo que le he visto bien la cara. Es más, creo que nos ha visto.

—Serás cabezota. Mi padre salió de casa antes de que vinieras a buscarme. Es imposible que sea ese hombre.

En fin. Estaría equivocado.

—Muchas gracias, me lo he pasado muy bien —dije, torpemente cuando llegamos al portal.

—Gracias a ti por acompañarme, Daniel.

Aunque mi corazón parecía que quería salirse del pecho y aunque la vergüenza parecía querer cerrar mi garganta, debía hacer a Sofía una pregunta, una sola:

—¿Te importa si te acompaño algún día más al cine?

Ella ya se había dado la vuelta y había empezado a andar camino a las escaleras del edificio. Se volvió, me miró a los ojos y, tomándose su tiempo, me dijo con una sonrisa muy dulce.

—Me lo he pasado muy bien hablando contigo. ¿De verdad que tú también?

¿Cómo debía tomarme aquello? ¿Un sí o un no? Nos dijimos adiós y, cuando bajaba por la calle Jorge Juan, no dejaba de pensar en Juan Senn y en la actitud de Sofía. A lo lejos, todavía se adivinaba la figura de mi jefe por la calle Velázquez, caminando con su maletín, tocado con su sombrero.

Decidí seguirle. Corrí tras él. Quizá, con un poco de suerte, podría alcanzarle. Al llegar a la calle de la Plaza de la Independencia torció a la derecha y continuó hacia Cibeles. Al cabo de unos diez minutos cruzó la plaza y subió la calle Alcalá. A la altura del Círculo de Bellas Artes giró a la izquierda y así fue cómo, poco a poco, nos internábamos los dos (él a unos cien metros delante de mí, sin saber que yo le seguía) por el Barrio de las Letras.

El Barrio de las Letras, como también se le llamaba y se le llama a toda la zona que engloba la calle de Huertas, era y es un pequeño mundo dentro de Madrid. En él quedan las casas de Cervantes y de Lope de Vega, el convento de las Trinitarias (en donde están, escondidos, los restos de Cervantes), el Palacio de Ugena (comprado por Canalejas y que, con el tiempo, en 1933, será la sede de la Cámara de Comercio). El barrio alberga también el Ateneo y los teatros de la Comedia, de la Zarzuela y el Reina Victoria. Pero, por aquella época, también guardaba secretos: en muchas casas de la zona estaban,

camufladas, conocidas casas de citas y prostíbulos. Senn torció a la izquierda, poco antes de llegar al Teatro Reina Victoria, para entrar por Echegaray. Me quedé en la esquina mientras continuó por la calle. A unos cien metros una mujer que estaba en un balcón le hizo una señal. Él subió. Todo parecía indicar que mi jefe era cliente de una casa de citas. Había tomado el maletín, simplemente, para disimular.

Al día siguiente, mi jefe se presentó en el trabajo con ojeras y pocas ganas de hablar. Ni quise preguntarle nada ni nada me dijo de su cansancio. Por la puerta entreabierta de mi consulta vi pasar a Sofía. Generalmente me saludaba por las mañanas, pero aquella no lo hizo.

Afortunadamente, recuperaron el buen humor con el paso de los días. Sin embargo, a la semana siguiente ocurrió un suceso parecido al de aquel domingo por la tarde. Obra de la casualidad, vi caminar a Senn por la Puerta de Toledo, también con su maletín en la mano, también cabizbajo. Iba a acercarme a él para saludarle, pero advertí que mi jefe se acercaba a un hombre joven, muy alto, mal trajeado y con cara de pocos amigos. El mozo le hizo con la cabeza gesto de que debía acompañarle, y él y mi jefe subieron la calle de Toledo. Les seguí en la distancia. Llegaron a una corrala cercana, muy vieja y al borde de la ruina. Desde la calle se podían ver sus pasillos y galerías, las ventanas de las viviendas, iluminadas por lámparas de gas (aquel edificio no disponía de electricidad). Desde la acera vi cómo Senn avanzaba por una de aquellas galerías al lado de aquel joven, llamaron a una puerta y les abrió una mujer rubia de pelo revuelto, visiblemente escotada.

Di media vuelta. Estaba claro que mi jefe tenía una doble vida. Para mí, aquello era divertido e inquietante a partes iguales. Divertido porque parecía que estaba envuelto en una aventura llena de secretos

y porque estaba descubriendo que aquel hombre al que admiraba, mi maestro, era un mortal como todos los demás y, por tanto, no cabía lugar ni para el enfado ni para la indignación. Pero era también inquietante, precisamente, porque asistía a una función a la que no había sido invitado y el descubrimiento de esa verdad podía hacer daño, y mucho, a una persona a la que también empezaba a querer: Sofía.

El viaje de Perceval

Pasaron algunos días y a una persona observadora como Senn no se le escapó que yo le trataba de forma extraña. Una mañana, me llamó a su despacho con la excusa de traducir un artículo de la Gaceta de Nueva Inglaterra. Cuando pasé por la puerta, Senn me esperaba sentado delante de su escritorio con la revista abierta, leyendo atentamente unas frases que, parecía, no acertaba a entender del todo. Aunque en verdad empezamos a traducir el artículo entre los dos, mi maestro tardó muy poco tiempo en ser directo conmigo.

—Y, ahora, hijo, dime lo que te pasa.

—¿A mí? No, nada, se lo aseguro.

—¿Es por Sofía? ¿Te ha molestado mi actitud en algo?

—¿La suya? No, por supuesto.

—Yo siempre he creído que os lleváis muy bien, y que encajáis muy bien el uno con el otro. Quizá me he excedido, quizá...

—Muchas gracias, Juan. No se preocupe.

—Mira, la tarde que fuisteis al cine, me tropecé con vosotros poco después de salir de casa. Tú me viste, ¿verdad?

—En efecto. Y me extrañó que Sofía no le hubiera visto.

—Días después hice una visita a una casa de la calle de Toledo. Hay veces en las que soy muy cuidadoso y, antes de entrar en determinadas casas, miro a todos los lados. Creí verte a ti también.

—Era yo el que también estaba ahí.

—Entonces, hijo mío, me descubriste —dijo Senn con una sonrisa que me desconcertó un poco.

—Mire, Juan, que no se preocupe, que cada uno puede hacer con su vida lo que quiera.

Senn rió con ganas.

—Bueno, Daniel. Me parece que hoy voy a compartir contigo algo que nos va a hacer un poco más amigos. Esta noche me toca mis pequeñas aventuras nocturnas, mis, digamos, *pequeños placeres*. ¿Te animas a venir?

—Pues mire, no.

—Vamos, hombre, que no te va a pasar nada.

A veces, las personas utilizamos ciertos códigos secretos, mensajes dichos entre líneas que, pese a no ser del todo claros, una vez entendidos son verdaderos pactos de sangre. De la forma más natural del mundo, y sin hablar de ello abiertamente, yo le había dicho a Senn, le había dejado entrever hacía tiempo, que me gustaba su hija y él me había dicho, sin palabras, que no se oponía a una hipotética relación. Así lo probaba principio de esta conversación, cuando Senn me pedía excusas por si se había inmiscuido demasiado en la amistad entre Sofía y yo. Como he dicho antes, no me importaba en absoluto que Senn tuviera una vida secreta e, incluso, me parecía divertido.

Pero de ahí a que el padre de la persona que me gustaba me invitara a ir con él a vivir aventuras nocturnas, había un mundo, como si mi maestro hubiera perdido la cabeza por completo.

—Venga, ¿te animas? —repitió.

—No, no.

Para colmo, Senn parecía divertido con la situación, pues no mudaba de su cara una sonrisa que pretendía ser cómplice.

—Daniel, mírame a los ojos —dijo ya poniéndose serio—. Si me acompañas esta noche comprenderás por qué tengo que ocultar mis idas y mis venidas. Conocerás a las personas más bellas que habrás conocido nunca. De las que dejan huella, te lo aseguro. Si vienes, harás un gran favor a tu carrera y a tu destino como persona.

—No puedo.

—Claro que sí que puedes. Aprender es experimentar, errar y volver a experimentar. Claro que puedes venir. ¡Será para ti una revelación!

—No sé.

—Daniel, ¿tú quieres ser un buen médico? ¿Un médico de los de verdad? Pues ven esta noche conmigo.

Guardé silencio durante el resto de la jornada, como si quisiera que mi jefe se olvidara de aquella proposición y del delirio de aquellas visitas que él me proponía. Sin embargo, llegó la tarde y la noche cayó sobre Madrid, y Senn se presentó en el despacho, ya con el abrigo y el sombrero puesto y con el maletín en la mano.

—Vámonos. Es la hora.

Mientras yo bajaba las escaleras de caracol en silencio, Senn lo hacía silbando una melodía. En la calle, mi maestro llamó a un taxi y le pidió que nos llevara a la calle Echegaray. Cuando llegamos allí, le pidió que, por favor, nos esperase unos minutos, pues después tendríamos que ir a la calle Toledo. Bajamos del automóvil y, nada más ver de cerca la fachada de aquella casa, me di cuenta de que mis miedos se habían cumplido. Íbamos a visitar un prostíbulo.

No había mucha luz en la escalera, sólo unas pocas bombillas que iluminaban los peldaños, de madera, muy desgastados, y que chirriaban mientras subíamos. El local estaba en el segundo piso. Mi maestro llamó al timbre. Alguien, al otro lado de la puerta, abrió una mirilla, masculló algo y abrió el cerrojo.

Quizá el imaginario popular nos hacía creer que el interior de esos locales tenía luces rojas y que sus inquilinas vestían con plumas y ligueros, como Mata-Hari, y fumaban cigarrillos con largas boquillas. Pero la verdad fue que nos abrió la puerta una señora pasados los cincuenta, algo entrada en carnes y que podría pasar por cualquier ama de casa de clase media. Posiblemente, aquella era la mujer que vi en el balcón, la primera tarde que seguí a Senn.

—Eugenia, hoy vengo con mi ayudante —le dijo mi maestro a la señora.

—Encantada de conocerle, caballero.

La seguimos por un largo pasillo y nos llevó hasta un salón. El lugar era de lo más pequeño y sencillo, con una mesa camilla con tres sillas y una alacena con una radio. En las paredes había colgados un

calendario, y un par de bodegones de pinceladas bastas —como los que se vendían en El Rastro—. Aquella casa, con su pasillo y su salón, era idéntica a cualquier domicilio de clase media y humilde.

—¿Podrían esperar aquí? —dijo la señora—. Voy a ver si la chica está despierta. Pueden encender mientras la radio. ¿Quieren algo de beber?

Contestamos que no. Yo permanecía en silencio, por curiosidad, para saber si se oía algo a través de aquellas paredes. Senn —a fin de cuentas, perro viejo— debió de intuir algo, pues, sin que yo le preguntase nada, me explicó que muy pocos clientes visitaban la casa en un día de diario y cercano el fin de mes.

Al cabo de un par de minutos, la señora volvió, nos dijo que la chica estaba despierta y nos pidió que la siguiéramos. Nos llevó a una habitación al otro lado del pasillo, y la buena imagen que estaba teniendo de ella se diluyó casi de golpe: no sólo nos acompañó a la habitación de la chica, sino que también quiso entrar para estar presente en el reconocimiento médico, como si no se fiara de nosotros o, peor aún, de su trabajadora. Quizá pensaba que la chica le estaba engañando, que estaba fingiendo una enfermedad para no atender a clientes; quizá, no sé, aquella sería una treta habitual de sus chicas cuando el cuerpo no les aguantaba más.

Sea como fuere, la chica tenía mala cara y su tos era preocupante. Senn ya conocía a la muchacha, pues la llamaba por su nombre (Margarita) y la trataba con confianza o, mejor dicho, con evidente cariño y respeto. Se sentó en el lecho, a su lado, y con delicadeza le pidió que abriera la boca. Comprobó el estado de la faringe, puso las manos a ambos lados de la mandíbula y le palpó los ganglios; luego le secó el sudor de la frente con un pañuelo y colocó la palma de su

mano sobre ella para calibrar su fiebre. Senn puso cara de fastidio: “Es un constipado mal curado y, evidentemente, hay infección. Si no te cuidas se va a complicar mucho más; necesitas reposo total, aire puro y comer bien, muy bien”. “No puedo, doctor, contestó la chica, “tengo que trabajar”. Mi jefe le dijo que estaba en su mano ponerse bien o prolongar mucho más la enfermedad. Por entonces, recordemos, aún no se habían descubierto los antibióticos y poco podía hacerse para curar las infecciones: sólo algunos remedios naturales y unos cuantos jarabes con más buena intención que efectividad, que ayudaban al cuerpo para que fuera éste el que venciera a la infección de forma natural. Pero este proceso tardaba semanas y, algunas veces, desembocaba en otras complicaciones que podían causar, incluso, la muerte.

Por un segundo se me pasó esa imagen por la cabeza, la de aquella chica, Margarita, quizá unos meses más tarde, tendida en esa misma cama, pálida, muerta por una infección que no pudo o no se quiso cuidar. No deseaba verlo. Cerré los ojos, sacudí la cabeza, una vez, otra más, borrando, diluyendo la imagen.

La muchacha y el galeno se despidieron con cortesía. Salimos de la habitación y la señora tras nosotros. Antes de abandonar el piso, y sin ningún rubor, mi maestro cobró por la visita médica.

Ya en el taxi, pregunté a Senn por qué le habíamos cobrado la visita a aquella pobre chica.

—Si hubiéramos trabajado gratis —contestó— estaríamos ejerciendo la caridad, y yo no quiero ejercer ninguna forma de compasión. Yo soy médico, voy donde me llaman y punto. No sé si te has dado cuenta, pero he cobrado la visita a mucho menos de la mitad del precio de mis honorarios habituales. ¿Puede considerarse esto un

favor? Quizá. Ellas no lo saben; si me llaman de nuevo quiero que lo hagan porque consideran que les soy útil, no porque les hago un favor. ¿Te ha gustado la visita?

—No sé qué decirle.

—Sé que te ha gustado —dijo, mirando a su reloj de cadena—. ¡Llegamos tarde al otro lugar! ¡Muy tarde, Daniel! ¡Y no tenemos tiempo!

Cuando llegamos al portal de la corrala, ya se escuchaba el llanto del niño al que mi maestro iba a ver. Era el hijo de un obrero de la CNT (el joven fornido a quien yo vi aquella otra tarde con mala cara) y de una joven, antigua costurera, que fue despedida del taller cuando su jefe se enteró quién era el padre de la criatura que acababa de dar a luz. La joven reflejaba en la cara el sufrimiento de los últimos meses y la preocupación por un hijo que, parecía, iba a morir sin remedio.

Me asombró que mi maestro se sentara al lado de la cuna y, mientras comprobaba la fiebre del pequeño, le hablase como si fuera mayor, como si pudiera entender las palabras de cariño que le decía. Hacía tiempo que yo no oía unas palabras tan cariñosas. Me gustaron y celebré para mis adentros que mi maestro las dijera, pese a que, por aquellos años, estaba mal visto que un hombre expresara así sus sentimientos. Entonces el niño rió. Lo juro. Yo lo vi. Rió. Unos momentos antes estaba llorando, febril, y rió, rió con Juan Senn. Aún sentado junto a la cuna, con la mano encima del pecho del pequeño, mi maestro se dio la vuelta y dijo: “Este niño se va a poner bien”. Y la madre empezó a llorar de alegría, de tensión contenida durante tantos y tantos días. Yo me creía hasta entonces puericultor, pero

estaba equivocado. Yo *trabajaba*, sólo *trabajaba* como puericultor. Aquella noche me emocioné. Qué luz tendrían las manos de aquel hombre para hacer lo que hizo. Me quedaba un largo camino para ser como mi mentor; quizá nunca podría ponerme a su altura.

Cuando íbamos a abandonar la estancia, los padres del pequeño dieron a mi maestro unas cuantas monedas y nos despidieron con gratitud.

Mientras subíamos la calle de Toledo, Senn y yo recordamos la risa del niño.

—Viéndolo así, tan indefenso, aún no entiendo cómo puede haber malnacidos que les hagan daño —dije.

—Yo tampoco, Daniel. Cuanto más ejerzo la medicina, comprendo menos cómo se puede hacer daño a un ser humano y, menos, cuando está desvalido.

Senn hizo una pausa, miró al frente y dijo:

—Pero es que, hijo, hay lobos en todas las partes.

¿Lobos?

Comprendí lo que quería decir cuando un coche que venía a nuestra altura se paró y bajaron de él dos hombres vestidos de negro. Ese coche nos había seguido desde la calle Jorge Juan pero, hasta entonces, no me había dado cuenta. Estaba merodeando por Huertas y estaba también en la calle Toledo cuando salimos de la corrala.

Bajó del auto un hombre grande y muy fornido, con un sombrero que antaño fue elegante pero que ahora estaba sucio y pasado de moda. El hombre, que lucía un gran mostacho, dijo con voz grave:

—Soy el inspector Robles. Tienen que acompañarme.

—Perdone, estamos visitando a unos pacientes —dijo Senn— y tenemos mucha prisa.

—No, perdone usted, pero *deben* acompañarme.

—Me parece que no me comprende, señor: no puede obligarnos a subir, puesto que no hemos cometido ningún delito.

—Mire, oiga, yo sólo cumplo órdenes. No tengo nada contra usted, aunque le he visto salir de una casa de putas y de donde vive un rojo de la CNT. No tengo nada contra usted, ya le digo, pero le tengo que llevar a la Central y si no sube por las buenas será por las malas.

Senn y yo nos quedamos pasmados. Con buenos modales, y sin dejar de mirarnos, el policía abrió la puerta del coche.

—Señores... —dijo.

No hizo falta más; entramos en el coche como dos corderos. No hablamos durante el corto trayecto, ni siquiera nos miramos, de tan nerviosos que estábamos. A los diez minutos ya habíamos llegado a la Comisaría, a la que el coche accedió por una puerta lateral. Tuvieron la deferencia de no esposarnos cuando bajamos del coche; nos dirigieron a las oficinas, allí nos tomaron nuestros datos y decomisaron nuestros efectos personales. El inspector no se despegaba de nosotros en ningún momento. Entonces dijo Senn:

—¿Puede avisar alguno de ustedes al comisario Sánchez que mi colega, el doctor Martín, y yo nos encontramos aquí detenidos?

—No. Sánchez está hoy fuera de Madrid —respondió Robles.

—¿Y al inspector De Lucas?

—Al inspector De Lucas no está permitido avisarle, señor.

—En fin, déjenme entonces, por favor, avisar al secretario de Gobernación. Es amigo mío.

—Le recomiendo —dijo el inspector mirándonos de soslayo— que no pidan tantas cosas.

—Esto es un atropello —osé decir.

—Por favor, colaboren. Será mejor para todos: para ustedes y —bajó el tono de voz— para mí también.

—Ya, ya. Ahora vendrá con el cuento del policía bueno y el policía malo. Y que será mejor para nosotros que no protestemos porque si no vendrá el policía malo, ¿verdad?, como si esto fuera un vodevil.

—No sé si será un vodevil, pero espero que no tengan que conocer al comisario Morales.

—¡Menuda patraña! ¿Quién es el comisario Morales?

Sentí que alguien me ponía la mano en el hombro, era una mano delicada, casi de persona mayor. Me di la vuelta y encontré a un hombre algo más bajo que yo, pasados los cincuenta, de grandes entradas y pelo engominado hacia atrás, con la piel tostada por el campo.

—¿Sí? —pregunté.

Sin dejar de mirarme a los ojos me dio un puñetazo en el estómago, un gancho fortísimo, que por unos segundos me dejó sin respiración.

Se hizo el silencio en las dependencias y sentí en mi espalda la mano de mi maestro, que intentaba consolarme.

—Tranquilo, hijo. Tranquilo.

Entonces pensé en Sofía. En qué diría Sofía si me viera así, doblado, con mueca de dolor, sintiéndome absolutamente ridículo. Cuando me incorporé, me encontré la mirada de desprecio del comisario.

—¿Qué hacen estos dos sin esposas? Que los bajen —ordenó.

—Sí, comisario.

Nos llevaron a los calabozos. No nos pusieron en una celda con delincuentes comunes, sino que nos encerraron en una pequeña, de un solo camastro y ninguna silla.

No sé cuánto tiempo transcurrió allí.

El cerrojo de la puerta se giró bruscamente. La puerta se abrió y ante nosotros, al lado de un policía, apareció el mismísimo De Castro. Senn le miró con cara de pocos amigos.

—Tú estás detrás de esto, ¿verdad?

—¿Yo? Depende de cómo se mire. Si estáis aquí es sólo por culpa vuestra, por esa manía que os entra a algunos de ser buenos samaritanos, precisamente, con quienes menos se lo merecen. Yo sólo vengo para haceros un reconocimiento médico.

—Tú eres psiquiatra; no sé qué reconocimiento tienes que hacernos.

—Precisamente, un reconocimiento psiquiátrico.

Sentado contra la pared advertí el ligero, casi imperceptible gesto de sorpresa en la mirada de Senn.

—Sólo gente muy loca es capaz de hacer lo que vosotros hacéis — continuó De Castro—. Bueno, Senn, de ti ya lo sabía: durante años has ido propalando la mentira de que mi padre intentó matarte en el ejército. Todos los que le conocieron saben que fue un hombre cabal. ¿A ti también te ha contado esa historia este viejo chiflado?

—Sí.

—¿Y te la crees?

—Sí.

—En fin, no esperaba menos de ti. Me has defraudado totalmente. Os aconsejo que os relajéis, si podéis, durante esta noche. La vida que os espera en un hospital psiquiátrico a partir de mañana será, digamos, muy ajetreada.

—Eres un cobarde, De Castro —dijo Senn—. Vosotros actuáis como las hienas: en grupo y ensañándoos con los abatidos. ¿Qué pretendes? ¿Un Ministerio? ¿Poder?

—Te equivocas. Sólo pretendo sabiduría. Saber qué es lo que pasa por una cabeza como la tuya. Porque cuando lo sepa podré cercenarte los pensamientos como si fueran tallos de mala hierba. Dentro de algunos años, y tratadas a tiempo, todas las enfermedades mentales serán curadas en la infancia; no se desarrollarán en la edad adulta. Todas. Desde las más inocentes, como las que vosotros dos tenéis, disfrazadas de las formas más pueriles de filantropía, de ayuda a un prójimo que dudo que se lo merece, hasta las más perversas, como el comunismo.

De Castro se acercó a la puerta y llamó enérgicamente al comisario.

—Efectivamente, comisario —le dijo cuando éste llegó— estos dos hombres deben seguir un tratamiento médico: tienen un claro trastorno de personalidad. Sugiero que el traslado sea esta misma noche, a lo sumo mañana por la mañana. Bueno —se dirigió a nosotros—, os veré dentro de unas horas.

—De Castro, tengo amigos, buenos amigos que aún me aprecian. Y ellos nos sacarán de ésta, te lo aseguro —dijo Senn.

—Bueno, quién sabe si, a lo mejor, tus amigos son los mismos que los míos. Qué curioso sería, ¿verdad? Mañana ya estaréis en buenas manos, en un centro en donde se os curará. No os preocupéis. Ah, Senn —dijo De Castro antes de salir por la puerta, afectando la voz como si se hubiera acordado de algo—, ese niño que cuidas, ¿crees que se salvará sin tus cuidados? No dejes de pensar en ello.

Sentado en la celda, acurrucado, con la cabeza entre las manos, me entregué al poder de los recuerdos, que anestesian siempre el dolor del presente. Me acordé de Sofía, de las conversaciones que manteníamos, de aquel paseo hasta el cine Doré en nuestra primera cita, el brillo de sus ojos cuando el protagonista de la película dijo a su amada que la querría siempre. Sofía siempre había estado a mi lado, y yo no me había dado cuenta. El recuerdo de su presencia era reconfortante, dulce y triste al mismo tiempo, como cuando, en pleno invierno, rememoramos el olor del mar o el tacto tibio de la arena de una playa.

Deseé dar marcha atrás en el tiempo, decirle que la quería.

Pasaron las horas. El silencio y la más profunda oscuridad inundaron los calabozos. Unos pasos se acercaron a nuestra celda desde el final de la galería. Luego pararon ante nuestra puerta. Desde afuera, alguien encendió primero la luz del calabozo, que nos cegó unos instantes. Luego, el cerrojo se abrió suavemente.

Buenas noches o buenos días

Aparecieron dos policías jóvenes: uno se quedó en el quicio de la puerta, vigilando; el otro entró en el calabozo con una botella de agua, una palangana y dos vasos. Nos preguntó si queríamos beber y si queríamos adecentarnos un poco. Así lo hicimos, y nada más terminar nos dijeron:

—Ya nos tenemos que ir.

Era curioso: aquel joven policía lo había dicho con toda la naturalidad del mundo, como si no le importaran nuestros destinos. El pequeño paseo que nos llevó del calabozo a la puerta del edificio estuvo inundado de una tristeza infinita. Nuestros pasos se oían en el silencio de la galería, en los pasillos vacíos que atravesábamos, en las oficinas vacías y con la luz apagada.

Y entonces pensé que aquello no era lo normal, que no debía ser lo normal. En aquel edificio tendría que haber agentes toda la noche también.

—¿Dónde están sus compañeros? —pregunté a los policías.

—Oh, los otros. Son pocos a estas horas.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada.

—¿Y dónde están los demás?

—Están en otra ala. Escuchan la radio.

Aquello empezó a extrañarme, aún más, cuando no salimos por la puerta lateral por la que habíamos ingresado en el edificio, sino que atravesamos un patio, salimos a unas cocheras y el otro policía, el que se había quedado esperando en la puerta, abrió la taleguilla de tela que llevaba durante todo el rato.

—Les devuelvo esto.

Ahí estaban todos nuestros objetos personales: nuestras estilográficas, nuestra documentación y el escaso dinero que llevábamos encima.

—Perdone —dijo Senn—, ¿y mi maletín?

—Ya le hemos puesto dentro; está encima del asiento.

Senn, que se encontraba al lado del coche, agachó la cabeza para ver si era cierto: su maletín de médico estaba ahí, aunque de poco nos iba a servir adonde íbamos.

El joven que nos sirvió el agua sacó un llavín de su chaleco, pidió que levantáramos un poco las muñecas y nos quitó las esposas. Por fin.

—Suban, por favor.

El coche bajó la calle Alcalá hasta Cibeles; allí giró a la izquierda, tomó Recoletos y, a la altura de la Biblioteca Nacional, torció a la derecha.

—Doctor, usted vivía en la calle Jorge Juan, ¿verdad?

¿Cómo? Nos llevaban a la casa de Senn con la naturalidad que un taxista al llevar a dos clientes. ¿Se habían equivocado? No lo sabíamos, pero preferimos no decir nada.

El policía nos miró por el retrovisor, esbozó una ligerísima sonrisa, como si nos hubiera leído el pensamiento.

—No, no es un error. Simplemente hemos recibido dos órdenes. La primera es llevarles a sus casas.

Quedamos en silencio; no podíamos creerlo.

—¿Y la segunda? —pregunté tras aquel paréntesis.

—La segunda es pedirles que, por favor, no salgan de ellas hasta pasados unos días. No reciban a nadie; no hablen con nadie. Y, si pueden hacerlo, no salgan a la calle. Yo sólo cumplo órdenes, nada más.

—¿De quién? ¿Se puede saber?

El joven nos dijo que él las había recibido de su superior inmediato. Dejó en suspenso la frase; quizá fue el único momento en el que no se sintió seguro. Intuimos que había llegado de más arriba y a mí, he de reconocerlo, me dio miedo.

Los policías se ofrecieron a abrirnos el portal, que estaba cerrado. Uno de ellos sacó del bolsillo de su chaqueta un manojito de llaves maestras y, mientras las probaba, me preguntaron dónde vivía yo.

—¿En una pensión? —dijeron—. No creo que sea buen sitio; al menos durante los próximos días.

—Tienen razón, Daniel —dijo Senn—. Será mejor que te quedes en mi casa hasta que pase todo este asunto.

Con aparente desidia, los policías se despidieron de nosotros en el portal. Momentos después, mientras subíamos las escaleras, mil

ideas y sentimientos contradictorios se agolpaban en mi cabeza y mi corazón. Por un lado, lo que estaba viviendo me superaba y hacía que me sintiera amedrentado. No podía ser de otra manera: habíamos pasado gran parte de la noche en unos calabozos y, de milagro, alguien nos había salvado de una larga temporada en un manicomio. ¿Quién? Amigos de Senn, sin duda, que por entonces aún no conocía pero a los que estaba a punto de conocer.

Por otro lado, sin embargo, aquel nuevo episodio de nuestras vidas también era para mí atractivo: gracias a aquellas vicisitudes iba a vivir unos días bajo el mismo techo que Sofía. Unas horas antes, en la oscuridad del calabozo, había pedido al Destino que me diera una nueva oportunidad con ella. ¿Estaría a punto de serme concedido este favor?

Senn y yo llegamos al rellano de la casa. Él se paró, buscó las llaves por los bolsillos y, una vez dio con ellas, abrió la puerta con sigilo. Ajenas a todo lo que nos había pasado aquella noche, Sofía y la muchacha del servicio estaban dormidas. Entramos de puntillas; miramos el reloj: las cinco de la mañana.

Mi maestro y yo intuíamos que nuestras vidas estaban a punto de cambiar, y sólo Dios sabía si para bien o para mal. Quise decírselo, dejar constancia, pero sólo acerté a mascullar:

—Buenas noches, Juan.

—Buenas noches o buenos días, hijo. Mañana se lo contaremos todo a Sofía. Menudo historia, ¿verdad? Ahora descansa un poco.

Senn me condujo hasta la habitación de los huéspedes. Caí rendido en la cama y, pese a las mil preocupaciones, me sumergí en el más profundo de los sueños.

Estrellas en la azotea

La consulta estuvo cerrada cuatro días, los mismos que mi maestro y yo tardamos en salir a la calle. Senn pidió a Eugenia que dijera a todo paciente que se acercara por la consulta que tanto él como yo nos habíamos visto obligados a realizar un viaje relámpago a París, para tratar a un amigo de la familia que estaba enfermo. También le pedimos a la muchacha que le dijera lo mismo a quien viniera del Círculo Científico preguntando por nosotros. Aunque sólo Dios sabía qué ganas teníamos de pedir ayuda y de contar lo que nos había sucedido, el sentido común y, por qué no decirlo, el temor a De Castro, nos aconsejó ser cautos y no fiarnos de nadie. Tal como habíamos previsto, el Círculo envió en nuestra búsqueda a un nuevo socio, un joven médico, que preguntó por nosotros con cierta preocupación. Desde el salón, nosotros le oímos hablar con Eugenia, y dedujimos, según su tono de voz, que se marchaba con más recelos y sospechas que dudas resueltas. Luego, desde la ventana de la consulta, y a través de las ranuras de las contraventanas cerradas del balcón, le vimos salir del portal y alejarse poco a poco calle abajo, mirando una y otra vez hacia donde nos escondíamos, intuyendo que pasaba algo extraño, que no se le había dicho la verdad.

Para nuestra sorpresa, sin embargo, no vino nadie de la Policía a la consulta. Ni aquella afín al Régimen (amigos de De Castro) ni la opositora, la que nos dejó marchar tras recibir las órdenes de algún estamento superior. Pero la Policía sí fue a mi pensión y, a tenor de cómo dejaron mi habitación en un registro, los policías que lo

realizaron eran amigos de De Castro sin ninguna duda. Lo supe porque mi casera vino a buscarme a la mañana siguiente de los hechos. Ella, una mujer aún joven, algo obesa, llegó hasta el quinto piso casi sin resuello y muy afectada, no sé si por la pena de no saber de mi paradero, por haberme perdido como inquilino o por el fastidio de no saber quién le pagaría tanto destrozo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté a Senn.

—Hay que saber esperar. No te preocupes; dentro de un par de días voy a decir a Eugenia que lleve una nota a unos amigos. Ellos nos ayudarán. Mientras, aprovecha el tiempo que estés aquí. Lee, sube a la azotea, vive como en tu casa.

Aunque me venía bien ponerme un poco al día y leer revistas especializadas, decidí que no iba a tocar ni un solo libro de Medicina los días que estuviera allí. Me aficioné a ir a la azotea, sobre todo por las noches, sin temor a ser visto por nadie. Tomé prestado de la biblioteca de Senn un planisferio celeste y su pequeño telescopio, y, con ellos, buscaba estrellas todas las noches. Una vez encontré una que se llamaba *Sophia*.

Sofía.

En los calabozos, había pedido al destino una segunda oportunidad con Sofía y, ahora que ese deseo se me concedía, no sabía exactamente qué hacer. Recordé que, mucho tiempo atrás, un amigo me dio un consejo que yo, hasta entonces, nunca había puesto en práctica: “Si quieres enamorar a una mujer, debes hacerte habitual en su vida”. Yo ya tenía algo ganado: de tanto coincidir en la consulta, Sofía y yo ya nos habíamos hecho habituales cada uno en la vida del otro. Conocía sus días buenos y sus días regulares, le había

acompañado al cine, le hablaba con naturalidad, como si lo hiciera con un amigo más, y sabía de la nobleza de su corazón, su sentido del humor y su inteligencia. Por el contrario, también conocía su carácter variable —sin causa aparente— o una pronunciada susceptibilidad provocada por comentarios o hechos que —para mí, entonces—, no tenía ningún peso. Sin embargo, la pregunta que me hacía era si mi amiga me conocía realmente, si conocía mis días buenos y regulares y, si así fuera, si consideraba que yo podía ser algo más que su amigo. Luego estaba el asunto de la edad: aunque por entonces era frecuente que los caballeros cortejaran y se casaran con mujeres mucho más jóvenes que ellos, a mí no se me quitaba de la cabeza que ente Sofía y yo había unos años de diferencia, pocos, quizá, pero que me incomodaban. ¿Sofía podría quererme así?

Poco a poco, el destino me guiaba por el camino que me llevaría a dar con todas las respuestas: Sofía subió una noche a ver las estrellas. No lo hizo por iniciativa propia, lo confieso, sino porque urdí un pequeño plan: un par de horas antes, en la cena, yo le había dicho que había encontrado una estrella que llevaba su nombre y que, por suerte, aún podía verse a esas alturas de año. “No quiero perdérmela”, me contestó con sus ojos grandes y con su sonrisa deliciosa. “Luego te hago una visita a la azotea”.

Aquella noche subí un taburete más, para Sofía, al que coloqué algo alejado del mío para que esa pequeña cita no pareciera una encerrona. Miré a mi alrededor: hacía una noche fantástica. De noche, con los tranvías y los automóviles durmiendo, Madrid olía a pueblo, a yeso y a cemento fresco, a tierra. La brisa traía el murmullo de las copas de los árboles de El Retiro. Aunque, abajo, en la calle, las farolas estaban encendidas, desde la azotea se veía sólo su

resplandor, como si fueran luciérnagas tranquilas que quisieran iluminar nuestros sueños sin deslumbrarlos.

Abrí el trípode del telescopio y dirigí el cañón hacia el oeste, hacia la constelación en donde estaba *Sophia*. Me senté en el taburete y acerqué el ojo a la lente. Apareció, borrosa, la constelación. Contuve la respiración y fui girando, lentamente, los mandos, las ruedas dentadas que ajustaban la distancia ente lentes. Al cabo de unos segundos pude verla: redonda, precisa, perfecta, bellísima: *Sophia*.

De repente oí uno pasos. Alguien subía por los peldaños de la escalera interior que llevaba hasta la azotea. Antes de que la puerta se abriera, me puse nervioso al intuir quién venía.

—¡Hola! —dijo mi amiga la abrir la puerta. Vengo a ver mi estrella.

Por galantería, me incliné y aparté mi taburete con la intención de acercar el suyo al objetivo del telescopio. Ella quiso hacer lo mismo: nos agachamos al unísono, y, sin querer, nuestras caras casi se rozaron. Sentí el olor dulce de su piel.

Nos miramos. Tuve deseos de besarla y de decirle que la quería, pero bajé la mirada, di media vuelta y simulé que tenía que colocar mejor el telescopio.

—Daniel —me llamó Sofía.

—Dime.

—¿Tú crees que esa estrella fue descubierta por un astrónomo y le puso el nombre de alguien querido?

Lo preguntó con una sonrisa. No de descaro ni de burla, era una sonrisa indulgente, cariñosa, como si mi amiga me quisiera decir que no pasaba nada, que éramos amigos, que podía perdonarme todo.

—Pues no sé, la verdad —dije, de espaldas, disimulando mi sonrojo.

—Cómo que no sabes.

—Pues no lo sé, la verdad. Supongo que sí.

Hice que ya terminaba de ajustar las lentes para ganar tiempo, me agaché, miré de nuevo por el objetivo y le dije a mi amiga que el telescopio de nuevo estaba listo.

Ella se acercó, se sentó, observó por el objetivo unos instantes y luego, ya satisfecha su curiosidad, se levantó con ánimo de marcharse. Yo deseé que ocurriera algo que la hiciera estar unos minutos más conmigo.

—¡Mírala, Daniel, una estrella fugaz! Ha pasado por ahí.

—¿Por dónde?

—A tu espalda, pero ya no te vuelvas, no queda nada del resplandor.

—Pues ya sabes, piensa un deseo y se te cumplirá.

—Oh, se me acaba de ocurrir uno y creo que tu participación será fundamental para que se cumpla.

—Dime el qué.

—Daniel, ¿por qué no salimos a dar una vuelta esta noche? Nos escapamos.

—¿Estás loca?

—Venga, Daniel, atrévete. Llevas aquí tres días sin salir de casa. Seguro que tienes ganas de pasear un poco. Las calles van a estar desiertas, no nos encontraremos a nadie.

Por orgullo masculino no lo quise decir pero eso era, precisamente, lo que me daba miedo: que las calles estuvieran desiertas, que no encontráramos a nadie, que nos encontráramos a un ladrón que nos atacara a punta de navaja o, por qué no, a un matón de De Castro que nos estuviera vigilando durante aquellos días.

—Que eres mayorcita, Sofía.

—Y tú un viejo prematuro, Daniel. Y, recuérdalo, yo sólo he pedido un deseo. Mira, nos esperamos a que mi padre se duerma; entonces, bajamos a la calle, así de fácil.

—Sofía, ¿tú crees que yo tengo edad?

—Daniel, eres tonto. Con lo bien que nos lo hubiéramos pasado. Mira, olvídalo, bajamos a casa y vayámonos a dormir. Creo que no he tenido una buena idea.

Sólo cuando mi amiga dio media vuelta para marcharse, me atreví a decir:

—De acuerdo, llama a mi puerta cuando se duerma tu padre. Yo ya estaré vestido. Y que sea lo que Dios quiera.

Al poco rato de marcharnos a los dormitorios, Sofía dio tres golpes en mi puerta, casi imperceptibles, para no despertar ni a su padre ni a Eugenia. Abrí la puerta.

—Bueno, *explorador*, ¿ya estás preparado? —me preguntó.

—Sofía, que no estoy para guasas, que tu padre se puede enfadar, que es mi jefe.

—Sí, sí, claro. Te comprendo. Pero, llevas todo, ¿no? El salakov, la cantimplora, la pistola, el machete.

—Eres incorregible.

Como no podía ser de otra manera, nos entró la risa cuando bajábamos las escaleras. La naturaleza humana desea y disfruta con lo prohibido y basta que no puedas hacer algo para que te llame poderosamente la atención. Teníamos que bajar las escaleras en silencio y nos entró la risa; meses antes, no me tenía que haber fijado en la hija de mi jefe y acabé enamorándome de ella. Yo estaba galanteando sin querer, pero sabiendo, en el fondo, que cualquier paso que diera no tendría rectificación, no sería correspondido por otro paso hacia atrás. Si esa misma noche me declaraba y Sofía me decía que no, lo más probable sería que tuviera que dejar la consulta y buscarme un nuevo trabajo.

Llegamos a la calle.

—¿Has visto como ha sido fácil? —dijo Sofía.

—Sólo hemos bajado a la calle, nada más. Lo difícil viene ahora.

—Daniel, sé lo que te preocupa —dijo tornándose seria y parando la broma por un instante—. Te preocupa que nos estén vigilando, la policía o gente de Germán de Castro, te preocupa mi padre y te preocupo yo también.

¿Sofía intuiría todo lo que sentía?

—Bueno —dije, disimulando—, al menos ya sabes por qué esto me parece una locura.

—A veces las cosas son más fáciles de lo que pensamos. Ven conmigo —dijo.

Me tomó de la mano y entre los dos se hizo el silencio. Nos miramos y, por raro que pueda parecer, no nos besamos, sino que bajamos andando hasta Serrano, así, cogidos de la mano, si decimos nada. En realidad, ya no había mucho que decirse; Sofía se me había declarado de esa forma, natural, sencilla.

Llegamos a la calle Serrano. Todo Madrid estaba dormido, hacía fresco y me sentía el hombre más feliz de la tierra; ya sabía que todas las aventuras que estábamos pasando, incluso las malas, tenían sentido. Le dije a Sofía que la quería, y que no me importaba lo que pudiera pasar a partir de aquel ese momento. Estaba tan feliz que le pregunté sin ningún pudor desde cuánto le gustaba.

—Casi desde el primer día, antes de que vinieras a comer a casa. ¿No te diste cuenta?

—Pero si apenas nos hablábamos; sólo cruzábamos unas palabras por los pasillos cuando coincidíamos. La conversación más larga que teníamos duraba diez segundos y sólo hablábamos del tiempo.

—Pues me gustaste casi desde el primer día y si no te hablaba más era, precisamente, por eso. ¿De verdad que no te diste cuenta? ¡Lo que tuve que hacer para que te fijaras un poquito en mí! Incluso rogué a mi padre de te convenciera para que me acompañaras al cine.

—Bueno —dije—, ¿y ahora, qué? ¿De verdad que quieres salir conmigo?

—De verdad.

—Ya sabes lo que nos jugamos, Sofía. Como esto salga mal, los dos perderemos mucho.

—¿Qué te crees, que no lo he pensado?

—Bueno, pues fantástico, quieres que volvamos a casa.

—Claro que sí.

Comenzamos a andar, otra vez cogidos de la mano, calle Jorge Juan arriba. Qué curiosa era la vida, en pocos días me había dado lo mejor y lo peor, y me sentía tan fuerte entonces, tan fuerte y tan feliz, que estaba convencido de que nunca, nunca más nos iba a ocurrir una nueva desgracia.

Al entrar en el portal, Sofía y yo nos miramos en la penumbra y nos besamos, suave, delicadamente. Lo hicimos con más ternura que deseo, como si nos hubiéramos querido desde siempre, aun sin conocernos, o como si desde la primera vez que nos vimos supiéramos que nos íbamos a dar ese beso y que uno iba a estar en brazos del otro, temblando, sabiendo que íbamos a recordar eso que estaba ocurriendo durante el resto de nuestras vidas.

Subimos a la casa y nos despedimos en el pasillo entre susurros y con dos palabras cariñosas. Entré en el dormitorio, me desvestí, me tumbé en la cama boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la nuca, como si en el techo de la habitación pudieran verse las mismas estrellas que en la azotea. Me sentía, sencillamente, invencible.

La Bodega Reims

Tal como Senn me dijo, escribió unas cartas a unos amigos suyos, que llevó Eugenia en mano. Mi maestro no me quiso decir a quiénes iban dirigidas, pero el caso era que tenía mucha fe en recibir una respuesta pronta y con las garantías necesarias que nos permitieran salir de casa sin temer por nuestra seguridad. Ese mismo día, Senn recibió un sobre cerrado que también fue traído en mano. Marchó con él a la luz de la ventana, lo abrió, sacó de su interior una cuartilla doblada y comenzó a leerla con mucha atención.

—Daniel, creo que mañana podremos salir —dijo tras leerla—. Nos han citado en la Bodega Reims.

La Bodega Reims estaba ubicada en la calle Huertas, a pocos metros de la de la casa de Canalejas, que algunos años más tarde se convirtió en sede de la Cámara de Comercio de Madrid. Según la tradición, allí iban los catedráticos de Medicina de la San Carlos para hablar de política sin que nadie les molestara. Yo había pasado muchas veces delante de su puerta, pero nunca me había atrevido a entrar, como si aquél fuera un coto vedado o un círculo a cuyas reuniones no podía estar invitado.

Senn me dijo que sus amigos nos esperaban allí antes del vermicé. ¿Quiénes serían? ¿Por qué no me había querido decir sus nombres? Cuando entramos, por fin, a la bodega, me llevé una pequeña decepción. ¿Era aquel lugar tan bullicioso en donde se reunían los catedráticos del San Carlos? Nada más entrar, lo primero que llamó

la atención era su intenso ruido formado por docenas de conversaciones, alguna risa y tintinear de vasos. A la izquierda, al lado de la puerta y sentado en un taburete, aguardaba un cigarrero al lado de su pequeño mostrador de tabaco y postales. Me puse de puntillas, alcé el cuello e intenté ver a alguien del *Círculo Científico* en ese barullo. A trompicones, nos acercamos al mostrador y Senn hizo una señal al camarero, un hombre mayor, de pelo cano, pero con una energía digna de elogio. “Ah, don Juan”, dijo. “Llegaron hace un rato; están al fondo de la barra, hoy un poco más apartados”. Alcé el cuello: allí estaba hablando animosamente con dos personas muy conocidas. Ojalá Sofía pudiera haber estado allí conmigo para compartir ese momento.

—Ahí están, Daniel. Ya han llegado.

Tragué saliva y nos dirigimos hacia donde se encontraban.

—Daniel, te presento a dos amigos, Paco y Julián. Les conocerás, supongo.

Claro que les conocía. En el Madrid de antaño uno paseaba por la Cuesta de Moyano y podía encontrarse al mismísimo presidente del Congreso comprando libros, algún personaje de peso de UGT en Casa Labra o a cualquier actriz famosa por la Plaza Mayor. El Madrid popular y el Madrid fino tenían zonas fronterizas, tierras de nadie, lugares comunes donde convivían políticos y ladrones de alta y baja estopa, curas y libertinos, cantantes de cuplé e intelectuales. Esa mañana me di cuenta que la Bodega Reims era uno de esos lugares porque delante de mí, un simple médico sin nombre como yo, tenía, nada más y nada menos que a dos líderes del Partido Socialista, muy distintos entre sí: Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro.

—Sí, sí, claro que les conozco —les estreché la mano—. Un placer.

Pese a que Largo era el secretario general del Partido Socialista, el general Primo de Rivera le había nombrado Consejero de Estado para mantener bajo control a la izquierda moderada. Según las buenas lenguas, había aceptado el cargo para salvar al Partido Socialista de las iras del dictador; según las malas, tenía una ambición tan desmedida que no había sentido escrúpulos al aceptar un pacto *contra natura*. También decían sus detractores que él (y no Besteiro) codiciaba ser el sucesor Pablo Iglesias. Siempre gravitaban sospechas sobre él y siempre era criticado, a veces duramente, por compañeros de su propio partido, como Indalecio Prieto o Fernando de los Ríos.

Aquella mañana en que yo le conocí, aún no se veía ni un asomo del Lenin español (como así se le llamaría luego), del radical que se convertiría con los años. Me pareció un político educado que siempre quería llevar la razón y que argumentaba con datos firmes y contundentes. Le recuerdo nítidamente, apoyado en la barra, con porte de actor de Hollywood, mirando a un lado y a otro, vestido con aquel traje con chaleco impecable y bebiendo con parsimonia su vaso de vino tinto. Nadie pensaría que aquel hombre tuvo un pasado humilde de estucador.

Besteiro me pareció diferente: más cercano, más amigable. Tan entrañable como el viejo profesor que así era. Era muy delgado, casi seco, con la cara ovalada y con el pelo canoso peinado pulcramente con raya a un lado. Miraba directamente a los ojos quizá porque no tenía nada que ocultar. Nada en él, ningún gesto, ninguna apostura, ninguna expresión, denotaba que se sintiera superior a nadie.

Desde el primer momento hizo todo lo posible para que me sintiera bien: me preguntó qué quería tomar, se interesó por si me molestaba

todo aquel ambiente ruidoso y pidió al camarero un vino tinto para mí.

—Perdona que te trate con tanta confianza —dijo—, pero si eres amigo de Juan, eres amigo mío.

Le contesté que Senn había sido mi profesor y ahora era mi jefe, a lo que él me contestó: “Pues, chico, será tu jefe, pero él habla de ti como si fueras su hijo”. Sentí que me ruborizaba. “Te lo digo en serio, de verdad. Aquí, el bueno de Senn te tiene aprecio”. Besteiro empezó a hablarme como si yo llevara desde hace algunas horas con ellos. Me dijo que acababa de llegar de Londres, adonde había ido con su mujer, Dolores Cebrián, de quien tanto me había hablado Sofía. “He vuelto encantado. Allí los laboristas se organizan bien. A diferencia de nosotros, entre ellos no están a la gresca”.

—Bueno, señores —recordó Senn—, vamos a lo nuestro antes de que este chico y yo pasemos a comer. Daniel —me dijo—, me he citado con estos dos amigos para preguntarles sobre alguien que nos quiere hacer pasar un mal rato.

—¿De Castro?

—Exacto. Ya sabes que Paco, por el puesto que ocupa, ha podido hacer algunas preguntas por aquí y por allá. Y lo que ha descubierto te va a dejar con la boca abierta.

—No tenemos constancia —dijo Largo Caballero— de que ningún Germán De Castro colabore de forma directa o indirecta con Primo de Rivera. Por lo tanto, si ese hombre os preocupa, dejad de hacerlo inmediatamente. Para vosotros no es peligroso.

—Yo estoy convencido de que sí colabora.

—Un momento, Paco —dijo Senn—, para dejar claras las cosas al chico: lo sabes de buena tinta, ¿verdad?

—No me fastidies, Juan, ¿acaso te he dicho algo que no fuera cierto? No, ¿verdad? Se lo he preguntado directamente *al viejo*.

Al contestar así, a Largo se le había escapado un mohín de superioridad casi como si estuviera con nosotros por hacernos un favor inmenso. Besteiro levantó las cejas, resopló.

—¿Queremos otro vino? —dijo para aligerar la tensión.

—No gracias, yo ya me voy —dijo Largo—. Tengo prisa.

Me dio la mano a mí primero, de forma muy cortés. Luego se despidió de sus amigos, dio media vuelta y se perdió entre la clientela que abarrotaba el bar.

—Este Paco —dijo Besteiro—, cada día está más raro.

—Es verdad, no es el mismo de antes. Pero, de todas formas, nos ha hecho un gran favor viniendo hasta aquí.

—Tú, como médico, ¿qué le recomendarías?

—A ver, a ver... Una semana en la sierra con su familia, fuera tabaco, fuera café, pero sobre todo, lo que le recomendaría de veras...

—Que se cuidara más —dijo Besteiro.

—No exactamente. Le diría que dejara la política.

—Juan, la política es su vida. ¿Cómo le vas a decir eso a un hombre que en el partido casi de niño y que estuvo condenado a cadena perpetua?

—En serio, le pediría que dejara la política. Y a ti también, Julián, te lo digo en serio. Incluso más que a él. Me temo, querido amigo —dijo Senn con parsimonia—, que nunca llegarás a nada en esto.

Como si fuera un *gentleman*, esa clase de caballero que tanto admiraba, Besteiro encajó el golpe sin perder la compostura, casi como si no hubiera oído el juicio de Senn. Alzó su vaso de vino, tomó un trago pequeño y lo paladeó largamente como si quisiera encontrar la mejor de las respuestas.

—Caramba, cómo sois los médicos. Nunca os andáis con chiquitas —contestó, al fin, sin mirar a mi maestro—. Decís las cosas a las claras. Me has dejado mudo, quería darte una buena respuesta, pero no he podido. No sé si lo que dices me lo debo tomar a bien o a mal.

—A bien, sin duda. Sabes que te quiero mucho. Te decía que nunca llegarás a nada como político porque, Julián, eres una buena persona y es una lástima porque, en política, las personas deben meter las manos en el fango de vez en cuando. Incluso las buenas. Y ese fango no se limpia nunca.

—Y yo sin saberlo —contestó irónicamente Besteiro.

Rieron los dos. Senn me tomó del brazo e hizo ademán de llevarme al comedor.

—Os dejo —se despidió Besteiro—. Ha sido un placer, Daniel; espero que volvamos a vernos muy pronto.

—Dale recuerdos a Lola. Mi hija quiere hablar con ella.

—De tu parte se lo diré.

Luego se dio la vuelta. Le vimos abrirse paso entre la clientela, a quienes daba pequeñas palmadas en la espalda después de preguntar muy de forma muy educada: “¿Me permite, señor?”

Ronda

Tras comprobar que De Castro no era tan peligroso como parecía, se abrió ante nosotros un periodo de paz y optimismo. Sofía y yo dijimos a Senn que éramos novios y él recibió la noticia con sincero alborozo. Tras los besos, abrazos y felicitaciones nos dio tres consejos: que nos respetáramos siempre, que nunca discutiéramos por tonterías y que cada uno de nosotros mantuviera —por minúsculo que fuera— un espacio de intimidad e independencia.

Sofía y yo salíamos a pasear todos los días. Ella estaba feliz, pues, tras ese verano que acababa de estrenarse, comenzarían sus clases de Biología en la Universidad. Por mi parte, escribí a mi padre comentándole que estaba enamorado, que me encantaba mi trabajo y que había decidido quedarme en Madrid para siempre. Creía que mis confesiones iban a provocar en él una airada respuesta, pero estaba equivocado. A los pocos días recibí una carta suya, muy tierna, en la que me decía que se alegraba por mí, que me deseaba suerte de todo corazón, y que se lamentaba no haber hablado más conmigo de hombre a hombre. Fue la primera vez que me di cuenta de que nuestros padres, quizá, son los grandes desconocidos y que nuestra madurez se inicia cuando empezamos a comprender sus errores y aciertos, a quererles y respetarles tal como han sido y a echar de menos haberles dicho tal o cual cosa, como, por ejemplo, que les quieres. Hoy, ya anciano, aún me veo inmerso en ese proceso, el de estar en paz con un progenitor que ya no está, comprendiendo y descifrando códigos, andando un camino que él ya anduvo, muchas veces en soledad.

Senn me ofreció ocupar el cuarto de invitados hasta que encontrase una pensión mejor o, por qué no decirlo, hasta que Sofía y yo nos casáramos. Acepté y así fue cómo empecé a vivir en aquella casa, junto a la mujer que algún día sería mi esposa y junto al hombre que habría de convertirse en mi suegro.

Todo se había vuelto tranquilo y volvía a tener el palpito (como cuando empecé a salir con Sofía) de que en la vida ocurren las cosas porque tienen que ocurrir, simplemente, y que, al final, todo tiene sentido. Quizá, el secreto de la felicidad era dejar pasar los días sin grandes sobresaltos.

Quizá.

Una noche como tantas, en las que salió para hacer unas cuantas visitas médicas, Senn se retrasó más de la cuenta. Esperamos y esperamos hasta que la demora se hizo más que preocupante. Tras nuestra detención —aunque no pasara a mayores— teníamos cierta prevención en acudir a la policía, fuera la causa que fuera y, por ese motivo, antes que a las autoridades, decidimos ir a buscarle nosotros mismos.

Sofía y Eugenia quisieron buscarle por hospitales, casas de socorro y domicilios de amigos o familiares. Yo decidí ir buscarle, por este orden, a las casas de los pacientes que iba a visitar esa noche, a las cafeterías cercanas a la Facultad de Medicina —que él solía frecuentar— y a la sede del Círculo Científico.

En cada una de las casas de los pacientes a los que visitó esa noche recibí la misma respuesta: Senn llegó pronto, hizo su trabajo rápido y se marchó, cordial como siempre, sin ninguna demora. En las cafeterías cercanas al San Carlos no le habían visto. El Círculo tenía la

puerta cerrada, algo lógico aquella hora, y nadie abrió cuando llamé. Sin embargo, juraría que se oían ruidos dentro, como si alguien anduviera de un lado a otro. Bajé las escaleras con la intuición de haber sido víctima de un engaño.

Volví a casa desanimado, temiéndome lo peor. El panorama que encontré allí no era halagüeño: Eugenia lloraba y Sofía tenía la mirada vidriosa y la voz quebrada.

—Le estuvimos buscando por todos los hospitales, sin ningún resultado —dijo Sofía—. Cuando llegamos al San Carlos, nos dijeron que había estado allí para ver a antiguos amigos, a profesores, pero que, a la salida, dos hombres le metieron a la fuerza en un coche.

—¿Te dijeron cómo eran esos dos hombres?

—Uno de ellos era algo mayor, de grandes entradas en el pelo, bajo y robusto.

Me acordé inmediatamente del comisario que me dio el puñetazo. Quizá podía ser él.

—¿Y el otro hombre?

—Me dijeron que era muy alto, peinado hacia atrás. Que, por su porte, casi parecía un caballero.

—Ése es De Castro.

—¿Tú crees? ¿Crees que va a querer mancharse las manos secuestrando a mi padre?

—Partiendo de la base de que es un enfermo, creo que sí, que no le importaría en absoluto.

—¿Y llevarle a un manicomio?

—Sé que no te va a gustar lo que voy a decirte, pero me temo que sí.

Creí que Sofía iba a echarse a llorar, que se iba a poner nerviosa. Que los sentimientos la ganarían y que el cariño por su padre le nublaría la razón, al menos en ese primer momento. Pero estaba equivocado, porque cuando oyó mis palabras, casi con el peso de una sentencia a muerte, se irguió en la silla donde estaba sentada, respiró hondo y dijo:

—Lo primero que me dijo mi padre si se metía en algún lío es que llamásemos a sus amigos más cercanos.

Me enorgulleció su valentía. Salí corriendo a la calle, con el deseo de llegar lo antes posible al domicilio de Mendizábal. Le saqué de la cama y me recibió en batín, aunque no tenía cara de sueño y creo que estaba algo tenso, como si supiera que algo malo había pasado. Me preguntó qué me llevaba hasta allí a horas tan extrañas y le conté todo lo que había sucedido y que yo creía que De Castro le había llevado a un centro psiquiátrico, tal como amenazó aquella vez.

Su reacción me indignó. Pareció no inmutarse: él ya sabía de antemano que Senn iba a ser secuestrado. No me contradijo en lo de De Castro ni en lo del manicomio. Mis sospechas de la suerte de Senn estaban en lo cierto: mi maestro se encontraba en los infiernos.

—Daniel —dijo Mendizábal— Juan Senn lleva bordeando desde hace tiempo los límites de la paciencia de las autoridades.

“Los límites de la paciencia de las autoridades”: aquella frase, tan hipócrita, dicha con tal cinismo, me llenó el alma de vergüenza e ira.

—Su conducta —continuó— ha puesto en peligro la misma existencia del Circulo Científico, de esta pequeña sociedad filantrópica de la que tú eres parte y por la que tú también tendrías que estar preocupado.

—Senn es amigo suyo.

—Oh, claro que sí, somos amigos desde hace muchísimos años.

—Entonces, no puede quedar al margen de lo que le pase.

—Querido Daniel, no me quiero quedar al margen. Lo que me pasa es que *no puedo* salir de ese margen. ¿Entiendes? No puedo. Créeme cuando te digo que, ahora mismo, no puedo hacer nada por Senn.

Silencio.

—Déjame unas horas, ¿vale? —dijo—. Mañana por la mañana hago dos o tres llamadas, mando dos o tres recados y Germán dejará en paz a Senn.

—No le creo.

—Daniel, son deudas del pasado entre los dos. No puedo hacer nada.

Mientras el corazón me pedía agarrar a Mendizábal de las solapas allí mismo, la cabeza me aconsejaba no hacerlo: aquel hipócrita era el único vínculo, el último lazo débil que me unía a mi maestro.

—Está bien. Pero le voy a pedir un favor: dígame dónde está Senn. Ahora sus asuntos son también los míos.

—Por favor, no le digas a nadie que te lo he dicho yo. Júramelo.

—Se lo juro.

—En el Santa Elena. El manicomio donde está internado es el Santa Elena.

Cuando bajaba las escaleras, me prometí a mí mismo no ver nunca más a Mendizábal. Maldije el día en que le conocí; maldije el día en que entré en el Círculo Científico y maldije el día en que entré a formar parte de aquella manada.

El manicomio estaba a las afueras de Madrid. Con los años, toda aquella zona se llenó de pueblos y zonas residenciales y se asfaltó el camino que llaman la carretera de La Coruña. A uno de sus lados, el Santa Elena se erguía tenebroso aquella noche triste.

—Qué lúgubre es. Parece un cuartel —dijo Sofía mientras estacionábamos el coche en un linde del camino. No me atreví a quitar hierro a sus palabras, pues yo pensaba exactamente igual.

El portalón de madera estaba cerrado a cal y canto y dimos tantas veces golpes con los puños, que nos dolieron las manos.

—¿Quién va ahí? —oímos desde arriba. Un guarda vigilaba en una garita.

—Somos los parientes de un enfermo. Creemos que está aquí.

Al cabo de unos minutos, otro guarda abrió el portalón.

—Somos los parientes de alguien que ha entrado aquí por error —dijo Sofía con determinación.

—Las oficinas están cerradas. Los guardas no estamos al tanto de los nuevos ingresos; tendrán que venir mañana.

—Por favor, es sumamente importante. Llevamos la noche entera buscándole por todo Madrid.

El cancerbero se ablandó un poco y nos pidió un rato de espera. Al poco, salió un hombre joven, rubio y con la carra llena de viruela, de voz grave de tabaco, que se presentó como el médico de guardia y que nos dedicó una cara de pocos amigos. Por tercera vez le dijimos que estábamos buscando a una persona. Asintió sin decir palabra y con un gesto nos indicó que le siguiéramos. Pedí a Sofía que me esperara en la puerta, dentro del coche.

Nuestros pasos se oían por las galerías por las que me condujo. Me pidió silencio con el dedo índice sobre la boca sellada. Llegamos a una sala con una puerta cerrada con candado. Sacó de su bolsillo una llave, giró el candado y abrió aquella puerta. Un insoportable olor a orines y heces salió de adentro. Sólo la claridad azulada de la noche, que se colaba por un ventanal ubicado en lo alto de la pared del fondo, iluminaba algo la sala. Se podían distinguir al menos veinte camas ocupadas por enfermos.

—Aquí está —dijo el médico en voz baja—. Ahora duerme.

—¿Seguro que está aquí?

—Yo mismo le traje. Vino muy cansado y en un estado emocional muy alterado. Hemos tenido que sedarle. No suelo dar permiso a este tipo de visitas pero, teniendo en cuenta que está usted aquí y dada su preocupación, puede pasar a verle.

—Pero apenas hay luz.

—Le traeré un candil. Si no quiere verle, dé media vuelta y venga mañana, allá usted.

Entré en aquella semioscuridad. De repente se cerró la puerta a mis espaldas

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Qué hace? —dije.

Pero ya era tarde. Nada más cerrar la puerta, oí, con profundo terror, que aquel hombre echaba el candado y que sus pasos se alejaban de allí con parsimonia. La oscuridad, el ambiente cargado y el silencio oprimían tanto que apenas podía respirar. Solo, atemorizado, busqué la pared, me apoyé en ella y me senté lentamente en el suelo. Oí los muelles de una de las camas y adiviné cómo una figura espectral se dirigía hacia mí con pasos descalzos y torpes, casi arrastrando los pies.

—Quién eres —dijo con voz mal modulada, como si le faltaran los dientes—. Vamos, quiénes eres.

No tuve el valor de contestar. Aquel hombre se agachó hasta donde estaba, puso su cara a un palmo de la mía y pude adivinar sus ojos, grandes, redondos, brillantes.

—Quién eres.

Oí cómo se levantaban los demás enfermos y distinguí sus figuras, que venían hacia a mí.

—¡Dejadme!

Una docena de manos empezó a mesarme el cabello y a tirarme de la ropa. “Quién eres, quién eres”, empezaron a repetir casi al unísono. En uno de aquellos tirones rompieron el cuello de mi camisa y la solapa de mi chaqueta. Todo estaba perdido. Me habían encerrado en un manicomio, al arbitrio de aquella pobre gente que, sin embargo,

me parecieron en aquel momento — de corazón siento decirlo— los seres más abominables de la tierra. Una mano se abalanzó sobre mi cara y me arañó la mejilla de tal forma que no pude reprimir un grito. Luego siguió un puntapié, y otro, y otro más. Me levanté del suelo y, para defenderme, empecé a empujar y maldecir a aquella gente, al principio con reparo, luego con más virulencia y saña, consciente de que estaba empezando a proteger mi propia vida. Confieso que perdí el temple en cuestión de segundos. En aquella penumbra, durante aquellos segundos que se hicieron eternos, todo se convirtió en un ir y venir de golpes, empujones, mordiscos, arañazos y gritos de amenaza y miedo que dábamos tanto unos como otros. Hasta que una voz se alzó por encima de las demás. Era una voz noble y modulada, pero no exenta de fuerza.

—Dejadle. ¡Dejadle he dicho!

Aquella voz me era conocida: era Juan Senn

—¡Os he dicho que le dejéis!

Empezó a empujar y a apartar a un lado y a otro a aquellos enfermos, hasta que llegó a mi lado. A empujones, entre los dos conseguimos deshacernos de aquella jauría.

—Daniel, hijo, en qué lío te has metido por venir hasta aquí. ¿Cómo has sabido que estaba en este sitio?

Le conté todo nuestro periplo, todo lo que habíamos hecho para encontrarle.

—Sofía está fuera, esperándonos.

—Me parece que tendrá que esperar. Al menos hoy, no podremos salir de aquí. Será mejor esperar hasta mañana. ¿Has avisado a mis amigos?

—Sí, sí, claro — piadosamente, dije una verdad a medias—. Deben estar buscando una solución para sacarnos de aquí. Sólo será cuestión de tiempo. Mañana se solucionarán las cosas. Seguro.

Nos acurrucamos los dos en el suelo y nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente nos despertó el ruido del cerrojo al abrirse. Entraron dos hombres más jóvenes que yo, fornidos y vestidos de blanco, ambos provistos de dos porras semirrígidas.

—Vosotros dos, venid.

Nos levantamos, con el cuerpo entumecido de los golpes de la noche; a plena luz del día me di cuenta en qué estado tan calamitoso estábamos. A Senn le habían provisto de un sayón que, a modo de pijama o ropa para dormir, tenían todos los enfermos; habría sufrido los mismos golpes que yo al entrar, pues tenía arañazos y contusiones en la cara y andaba con una pierna renga. Mi estado no era mejor: llevaba el traje hecho jirones, y Senn me dijo que tenía el labio hinchado, un ojo morado y arañazos por la cara.

Apenas sin poder andar, seguimos a los enfermeros por los pasillos de aquella casa de amargura, atravesamos un pequeño patio sin árboles ni ninguna otra planta, llegamos a unos soportales, atravesamos varias puertas y, al cabo de unos minutos, nos encontrábamos delante de un despacho con el rótulo “Dirección”. Llamaron a la puerta y cuando oímos aquel “adelante”, comprendimos todo lo que nos había pasado.

Al abrirse la puerta vimos un despacho austero y escrupulosamente limpio, con un amplio escritorio de madera. De Castro estaba al lado del escritorio, de pie, con una mano apoyada en él. Su presencia no suponía ninguna sorpresa para mí. Lo que me sorprendió fue otra cosa. De Castro no había dado la orden de pasar; quien la había dado estaba sentado en la mesa en aquel momento, a su lado. Y no era otro que Mariano Mendizábal.

—¡Dios bendito! —dijo—. Pero, ¿qué os han hecho? Lamentable. Lamentable. Lo siento mucho.

—Mariano —contestó Senn, sin inmutarse por el doble juego de Mendizábal— tú sabías perfectamente qué nos ocurriría si pasábamos la noche en aquella sala. Podíamos haber salido peor. O no haber salido.

—Juan, mi querido Juan, a ti no te puedo engañar. Es verdad que sabía que pasarías la noche ahí, pero es que no te podía dejar escapar, al menos esta noche. Si lo hubieras hecho, si tú y este joven hubierais escapado, a lo mejor habríais ido a la comisaría más cercana a denunciar los hechos. Y aunque bien es cierto que parte de la policía está de nuestro lado, existe la otra parte y la posibilidad de dar con algún inspector demócrata, como ese tal Robles, que desbarate todo el plan.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó Senn.

—A su debido tiempo, Juan, a su debido tiempo —Mendizábal hizo una pausa—. España está cambiando y necesitamos gente que trabaje para que el país vaya por el buen camino. Como nos dijo Germán el primer día, hay que trabajar para que eso ocurra. Y nosotros, por suerte, somos un pequeño eslabón en la cadena para que todo vaya

bien. Tú, querido Juan, nunca has querido ser ningún eslabón. Por lo menos de nuestra cadena. Te respeto y te admiro y, quizá por eso, Germán no haya cumplido su promesa de dejarte aquí hasta el fin de tus días estudiando qué extraños mecanismos tienes en el cerebro para estar siempre en el lugar menos indicado con la gente menos recomendable: prostitutas, lumpen...

—¿A mis pacientes les llamas gente poco recomendable? Si quieres te recuerdo algún nombre.

—Pero qué poco elegante eres. Claro que no hace falta que me los digas, esa gente tan zafia y tan inculta. Ese Largo Caballero, ese Negrín... Bueno, quizá Besteiro se libre un poco. Creo que os quisieron alertar del peligro de andar con unos *desalmados* como nosotros —dijo irónicamente—, pero no se atrevieron porque no tenían las pruebas suficientes.

—Paco dijo que De Castro no estaba ligado a ningún órgano de Gobierno y que no tenía relación con Primo de Rivera.

—No la tengo —interrumpió De Castro—, y no la quiero tener. Mi misión es otra.

—¿Cuál es tu misión, Germán? —preguntó Senn.

—Mi misión —contestó, tras un silencio— es cuidar de que las cosas marchen bien. Y con hechos. Esta misma tarde partiré hacia Marruecos. Pese a la edad me he alistado; es mi deber. Y dad gracias a Dios porque, gracias a que me voy, os he ahorrado una buena época entre estas paredes.

—Queridos amigos —continuó Mendizábal—, para nosotros sería sumamente fácil reteneros aquí, digamos, en unas vacaciones

pagadas. Pero, Juan, por la amistad que nos une, no vuelvas a meter la nariz en donde no te llaman ni vuelvas a llamar a amigos tuyos, políticos de dudoso calado moral. Si quieres dar asistencia médica a frescas y viejos sin dinero, hazlo, pero no vayas más allá. Te lo ruego. En cuanto a usted, joven, ¿qué me diría si no le dejamos salir y le tratamos un poquito su carácter? Ah, me olvidaba: usted es médico, o eso se cree: entonces, ¿qué tratamiento cree que merecería? Venga, hágase usted mismo un diagnóstico y propóngame una solución a sus problemas. ¿Qué no me las da? Se lo diré yo. De buena gana, yo le dejaría aquí un mes o dos, digamos en una cura de sueño, con una nueva dieta, buenos compañeros de habitación y alguna que otra emoción fuerte, alguna descarga eléctrica a tiempo. ¿Qué me tiene que decir?

—Que ya he dejado de ser buen chico, Mendizábal.

—Perdone, joven, con todas las cosas buenas que tiene que aprender de su maestro y veo que le atrae de él la peor de las falsas morales. Especifique, por favor.

—Que desde hace un tiempo me tenéis hartos y os maldigo y maldigo el día en que os conocí. Que me dais asco.

De Castro fue hasta mí, me tomó de las solapas y me zarandeó.

—Yo si quiero puedo matarte —dijo—. Puedo matarte poco a poco y luego enterrarte en cualquier cuneta como a un perro y nadie te echaría de menos.

—No seré yo quien te quite ese placer —respondí, mirándole a los ojos, entre dientes y a media voz, llena de odio—, pero si lo haces no voy a descansar, aunque sea en el otro mundo, de hacerte la vida

imposible. Ahora me puedes zarandear y pegar y abusar de tu poder, si quieres, pero te juro que aun muerto me vengaré. Te lo juro.

—Vamos, vamos, Germán —dijo Mendizábal—, te quedan pocas horas en Madrid y debes estar tranquilo. Deja al muchacho en paz. Venga, haya paz entre colegas, ¿no?

De Castro me dedicó un mohín de asco y me dejó caer en la silla. Por unos instantes le mantuve la mirada. Por unos instantes, también, he de confesarlo, creí que cumpliría todas sus amenazas. Senn se levantó como pudo del asiento y se apoyó en la mesa de Mendizábal para decirle:

—Quiero saber una última cosa.

—Los celadores te darán la ropa, por supuesto.

—No era eso. Antes dijiste que esta noche teníamos que pasarla aquí. ¿Por qué?

—Ha sido una gran noche; han tenido lugar algunas reuniones: se abre una nueva etapa, una etapa bonita, en la que todos tenemos que trabajar duro.

—El futuro es malo para vosotros. Primo de Rivera pierde crédito incluso entre los militares. Puede que se vaya. Incluso puede que se vaya el mismísimo Rey. Entonces vendrá la República.

—Bueno, y qué. Aunque no lo creas, para nuestros intereses es bueno que pase. Porque nosotros siempre estaremos allí, trabajando para el bien común. ¿Para la República? Pues para ella. Para quien sea.

Senn puso cara de resignado y me dedicó una sonrisa cómplice, como si me quisiera decir con la mirada que hay personas sin remedio y

enfermedades sin vacuna, que hay que resignarse y luchar contra ellas aunque pueda parecer que la batalla está perdida. De Castro, que se había dado cuenta de nuestra complicidad, se abalanzó sobre Senn, le cogió del cuello y le zarandeó. “Viejo estúpido”, le decía. “Viejo estúpido, de qué te ríes”. Debilitado, Senn cayó al suelo, De Castro se acercó hasta él y empezó a darle patadas en el costado. Sentí odio y furia, perdí el sentido común, me levanté de la silla y propiné a De Castro un puñetazo en el mentón. Era tal mi grado de excitación que no sentí el golpe que le propiné, ni dolor en mis propios nudillos. De Castro se llevó las manos a la cara; se balanceó un poco y se agachó, lentamente, hasta que terminó de cuclillas, con las manos apoyadas en el suelo, como si quisiera tomar unos segundos de tiempo. Alzó la cara y él y Mendizábal se miraron extrañados, como si no terminaran de creer que alguien como yo (tan débil, a sus ojos) pudiera haberles dado una respuesta tan contundente.

Su extrañeza duró una décima de segundo. Volvió la cara hacia mí, me miró con odio y se incorporó. Llevó su mano derecha hacia su costado izquierdo, dentro de la chaqueta. Cogió algo. Me bastó un ligero movimiento de su muñeca para saber que iba a desenfundar una pistola. Nada más ver su brillo de metal comprendí que iba a ser hombre muerto, que ya no tenía nada que perder y que era mejor actuar.

Me abalancé sobre él gritando. Debía arrebatarme el arma. Forcejamos. No era coraje; era, creo, desesperación por no perder la vida. Cuando estaba a punto de hacerme con la pistola, Mendizábal, hasta entonces al margen, llamó a gritos a los guardias, que estaban custodiando la puerta. Apenas los vi. Sólo sentí un golpe en la cabeza (posiblemente de alguna de sus porras semirrígidas), que me dejó

algo aturdido; luego, mil y un puntapiés por todo el cuerpo. Pero, sin duda, el dolor más grande fue el causado por dos golpes, fortísimos, en mis manos, que me hicieron llorar de dolor. Mis huesos se habían roto. Perdí el conocimiento.

Desperté con una inmensa sed, con el sabor de sangre en la boca y con un indecible dolor en las manos, que no podía mover. Estaba tumbado boca arriba, en algo alargado y acolchado, y con la cabeza apoyada sobre las piernas de alguien. Mi cuerpo se balanceaba. Conforme iba recuperando la consciencia, me iba dando cuenta de que me encontraba en el asiento trasero de un automóvil, tumbado boca arriba. Mi cabeza reposaba en el regazo de Sofía. En el asiento del copiloto estaba Senn, que de vez en cuando miraba hacia atrás para comprobar cómo me encontraba. Al ver que había abierto los ojos me dijo:

—Descansa, hijo, te llevaremos a un hospital ahora mismo.

—¿Quién conduce? —pregunté, a duras penas—. ¿Quién nos lleva?

El conductor levantó la mano y me dijo y me saludó. Era el padre del niño al que Senn estaba curando.

—Quiero agua, Sofía.

—Ahora mismo beberás, no te preocupes. Sabes dónde estás y qué es lo que te ha pasado, ¿verdad?

Recordé el forcejeo con De Castro, la paliza de los guardias, cómo perdí el conocimiento. Luego empecé a recordar sensaciones, como que tras la paliza fui arrastrado por dos personas que me tomaron

por los brazos, primero por pasillos de losetas, casi en semioscuridad, más tarde salimos a la luz, donde el suelo era terroso. Habíamos salido a la calle y allí me dejaron, como si estuviera muerto.

—Sí, sí se dónde estoy y lo que me ha pasado. Senn, ¿cómo tengo las manos?

—Tienes rotas algunas falanges; quizá un par de metacarpianos, pero el escafoides y los demás los tienes bien. Las fracturas no están abiertas. Vamos, nada que no se pueda curar con escayola y reposo.

Sofía me dijo:

—Mi padre me ha dicho que eres un valiente. ¿Sabes que te quiero?

Madrid, 1985: sesenta años después

Esta mañana, después de muchos años, he visto de nuevo a De Castro. Ha sucedido aquí, hace un rato, en esta cafetería donde desayuno todas las mañanas y mientras estaba hablando mi nieta mayor. De Castro ha entrado por la puerta con paso lento y torpe; iba del brazo de una mujer y se ayudaba de un bastón. Se han dirigido hacia la última mesa del local y, una vez sentados, él se ha quedado inmóvil, completamente ausente, mirando a la calle a través de los cristales. Debe tener más de noventa años, casi cien. Aunque, evidentemente, tiene el pelo totalmente blanco, está peinado pulcramente hacia atrás, como siempre. La piel de su rostro es cetrina y tiene manchas de la vejez, pero los años no han conseguido borrar el semblante altivo y déspota. Viste traje negro de buen corte, camisa blanca y corbata roja. Se nota que, pese a todo, la vida le ha tratado bien.

No cruza ninguna mirada ni ningún gesto de cariño con la mujer que le acompaña que, por otro lado, calculo será unos treinta años o cuarenta años más joven que él. La señora le trata como una enfermera particular, con atenciones constantes pero asépticas. No va muy arreglada, pero tampoco aparenta descuido; mira constantemente alrededor pero no busca a nadie. Levanta la mano y llama al camarero con una educación exquisita.

Sé que De Castro no me ha visto. Si lo hubiera hecho o si se hubiera dado cuenta de que estoy aquí sentado, me lo habría hecho saber. No

mirándome con odio, sino con el más profundo de los desprecios o con la más lacerante de las indiferencias.

—¿Te pasa algo, abuelo? —pregunta mi nieta.

—Oh, no, cariño, no pasa nada. Ya sabes, que se me va la cabeza de vez en cuando.

—Te has puesto muy serio de repente.

—No te preocupes, no me pasa nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

Desde hace algunos años, desde que sufrí una pequeña embolia, no me dejan salir solo a la calle. Generalmente me acompaña mi mujer, pero hoy se encuentra algo cansada, quizá por esta primavera que ha llegado de golpe. Mis hijos viven relativamente cerca y por eso una de mis nietas baja casi todos los días a casa, a cuidarnos y a hacernos compañía.

—Cielo, ¿me ayudas a levantarme? —le pregunto a mi nieta, poniendo cara de que no pasa nada.

—¿Dónde vas, abuelo?

—Tú ayúdame a levantarme y ahora te cuento.

Yo ya he hablado muchas veces a mi nieta de De Castro. Sabe que no exagero ni un ápice sobre él y que es una de las personas más abominables que he conocido. Y esa persona, que tanto mal ha hecho

a mi familia, está ahí, sentada a unos metros de mí. Ha vuelto tras mucho tiempo.

Urdo un plan. Voy a levantarme, voy a llegar hasta él, le voy a hacer frente. Será mi pequeña-gran venganza. Pero mi nieta no se tiene que dar cuenta. Porque si fuera así, si intuyera que el esfuerzo que hago ahora para levantarme es para llegar hasta el mismísimo De Castro, probablemente no me deje dar siquiera un paso. Tendría miedo, con toda la razón, de que el cóctel de emociones hiciera mella en la poca salud que me queda.

Ya de pie, tomo mi bastón y me coloco bien la chaqueta; debo estar presentable. Empiezo a andar hacia la mesa en donde está sentado. Paso a paso. Lentamente. Le voy a ganar a él en su terreno, en el cara a cara, en el cuerpo a cuerpo.

Un mar de recuerdos inunda mi memoria a cada paso que doy. Las imágenes están viniendo nítidas a mi cabeza, como si hubieran ocurrido ayer; tengo los sentimientos atravesados en mi garganta. Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que le vi, esa mañana, en el manicomio de Santa Elena. Y cuántas cosas han pasado desde entonces.

Mientras camino hacia él, recuerdo. Recuerdo.

Tal como diagnosticó Senn, mis manos se curaron poco a poco, gracias al paso de los días, del reposo y de una buena escayola. Mis manos no volvieron a ser las mismas; es más, esos huesos rotos en mi juventud me están pasando factura en la vejez. Pero ni ahora ni nunca me quejé de aquel incidente. En primer lugar, porque gracias a

tener las manos rotas me convertí en mejor médico: al utilizar menos las manos durante algún tiempo, agudicé más el oído, aprendí a escuchar más a los pacientes y a ponerme en su piel. El segundo lugar, porque consideré esas fracturas como un tributo a pagar por mi autoestima, una prueba de valor, como las cicatrices que les quedan a los jóvenes guerreros africanos tras enfrentarse a un animal peligroso.

La noche en el manicomio y la posterior convalecencia de nuestras heridas, nos unió aún más a Senn y a mí. Pero no en una relación de dependencia del alumno frente a su maestro, sino de dos hombres que se admiraban de forma mutua. Senn, hombre sereno y ajeno a toda forma de violencia, se maravillaba de cómo yo, la antítesis de un púgil, había podido dar a De Castro un *uppercut* en toda regla. Muchas veces me recordaba la escena, contada cómicamente, con sentido del humor, y Sofía, Senn y yo reíamos y reíamos para quitar importancia a todo lo que nos había pasado.

Respecto a la demás gente, convenimos no contar a nadie lo sucedido y acordamos, además, no visitar durante una buena temporada el Círculo Científico. Ese periodo de tiempo prometía ser corto, pero se fue alargando cada vez más, y, un buen día, cuando a Senn y a mí se nos pasó por la cabeza asistir a alguna de sus sesiones, desistimos de hacerlo. A nadie le extrañó, algún tiempo después, que no nos pasáramos por las oficinas del Círculo para pagar nuestras cuotas anuales y se dio por hecho que ya no estábamos interesados en acudir a las sesiones.

Cuando Senn o yo queríamos ver a amigos, quedábamos con ellos en algún café o aprovechábamos para ir a ver todos juntos algún espectáculo. El año 1926 ya había llegado a los calendarios y, con él,

el charlestón a las salas de baile, la primera obra de los Machado a los teatros y las voces de nuevos escritores al panorama literario nacional. Algunos de esos nombres sonarían mucho un año después, la generación del 27: García Lorca, Pedro Salinas, Guillén, Aleixandre, Cernuda, Dámaso Alonso. Ahora se escribe sobre ellos, se les ha elevado a la categoría de mitos; antes se les podía ver charlar tranquilamente en cualquier tertulia o dar alguna conferencia en el Ateneo.

Sofía y yo nos casamos un año después. La vida, de nuevo, se presentaba cíclica: todo prometía la felicidad, pero la suerte de la consulta cambió y en la profesión las cosas empezaron a irnos mal. De la noche a la mañana, nuestros mejores pacientes dejaron de venir; había días enteros que no recibíamos a ninguno y, lógicamente, la economía del negocio empezó a resentirse. El cambio fue tan brusco que empezamos a sospechar que, quizá, podía haber alguna *mano negra* detrás de nuestra desdicha, alguien que moviera los hilos (quizá propalando calumnias) para que nuestros pacientes dejaran de acudir a nosotros. Por primera vez en muchos años, tuvimos que salir fuera de Madrid a atender pacientes de otras ciudades: Segovia, Toledo, Guadalajara. Los gastos del viaje mermaban los márgenes de ganancias pero había que hacer cualquier cosa con tal de mantener la consulta.

En cuanto a la política, al Régimen de Primo de Rivera le quedaban pocos días. Para seguir gobernando, el general creó un directorio civil que sustituyó al militar. Nadie quedó contento con aquella maniobra ni con el rumbo de aquellos días. Por un lado, el Rey desconfiaba cada vez más de las veleidades de Primo. Por otro, el pueblo anhelaba paz y tranquilidad, imposible por la feroz represión a los sindicatos y a toda idea de izquierda. A su vez, los militares, que antaño vieron a

Primo de Rivera como paradigma de hombre de armas, como héroe del desembarco de Alhucemas, como el hombre que consiguió la rendición de Add-el-Krim, pasaron a verle como un viejo estorbo demasiado paternalista al que había que apartar como un mueble viejo para que no obstaculizase el camino que debía tomar España.

No se hicieron esperar las conspiraciones hacia el general en el propio seno del ejército. Primo aguantó los ataques como el animal viejo que se defiende de los jóvenes de la manada. Sin embargo, cada embestida, cada crítica, cada traición abría cada vez más las heridas que no habían tenido tiempo de cicatrizar.

Presentó su dimisión en 1930. Las buenas lenguas dicen que, antes de marchar a su autoexilio en París, el Rey le preguntó quién podría ser su sustituto y Primo dio un nombre sin titubear: Berenguer. Sin embargo, ni Primo presentó la dimisión ni su partida fue un autoexilio: fue el propio Rey quien le apartó del cargo; ya tenía pensado el nombre de su sustituto desde hacía tiempo, mucho tiempo. Primo murió en la capital francesa, pocas fechas después.

La opinión pública llamó al mandato de Berenguer “Dictablanda”, pero suave o no, siempre fue dictadura, con el consiguiente recorte de libertades, ilegalidades y atropellos. El pueblo quería la libertad que se le había robado. En este contexto tuvieron lugar las elecciones municipales de 1931, que reflejaron el auge de los partidos republicanos. Alfonso XIII consideró que lo más lógico era dejar la corona y marchar al exilio.

Y así fue cómo llegó la República de nuevo a España. Y, tal como nos comentó Mendizábal junto a De Castro en el despacho de dirección del Hospital Santa Elena, los dos trabajaron con fervor para ella, por increíble que pudiera parecer. La República trajo la democracia y con

ésta vino la luz, como el derecho al voto de las mujeres. Sin embargo, en contra de lo que suele creerse a estas alturas de siglo, aquella forma de gobierno albergaba todas las formas políticas, pues había republicanos de izquierdas y derechas, más o menos coherentes, más o menos radicales, más o menos soñadores, más o menos arribistas. Quiero decir con esto que continuaron las luchas internas, las mismas disputas y los mismos actores quienes, a veces, cambiaban de papel para sorpresa general.

A dos de ellos, De Castro y Mendizábal, se les veía entonces frecuentemente con el político radical Alejandro Lerroux, quien llegaría ser incluso presidente del Gobierno entre 1933 y 1935 y a quien sus enemigos nunca le perdonaron sus arbitrariedades políticas y sus devaneos entre opciones democráticas y no democráticas.

Tras perder su crédito político, Lerroux se exilió en Portugal en 1936. De Castro y Mendizábal se quedaron en España porque encontraron nuevos amigos, nuevos aliados que, ese mismo año, a kilómetros de Madrid, protagonizaron un alzamiento militar, un golpe de Estado que daría lugar a tres años —y luego a cuarenta más— de oscuridad y muerte.

De Castro estaba especialmente contento, no porque supiera que con este nuevo cambio político él iba a sacar algo en claro. Estaba contento porque, de su paso por el Ejército, en Marruecos, había dejado muy buenos amigos. Sobre todo uno, un tipo del que se reían muchos oficiales en la Academia Militar sólo por tener un físico poco agraciado y hablar con voz aflautada. De Castro, sin embargo, sabía que aquel hombre era tenaz, inteligente y frío, tanto que parecía no tener sentimientos; tanto, que, en pos de sus objetivos, no dudaba a

la hora de firmar sentencias de muerte. El amigo de De Castro era un tal Francisco Franco Bahamonde.

No voy a hablar de la guerra civil que vino luego, del hambre y la violencia, de las denuncias anónimas entre vecinos y supuestos amigos. Del miedo. No voy a hablar de lo paradójica y estúpida que resulta una contienda: en la mayoría de las ocasiones, los soldados no luchaban por sus ideales, sino por proteger su propia vida en el bando en el que habían tenido en suerte caer o vivir y que, en muchas ocasiones, no era el que ellos querían o el que habrían elegido. Aún más: de todos es sabida la paradoja de ser alistado a la fuerza en un bando sólo por vivir en un determinado pueblo o zona geográfica. Había hermanos que estaban obligados a servir en un bando y otros a quienes tocaba servir en otro. No, no voy a hablar de nada de eso. No voy a hablar de la venganza y de los crímenes de los dos bandos, de las víctimas inocentes que no sabían nada de ideologías. Como tampoco hablaré del increíble ensañamiento del vencedor sobre el vencido que habría de durar cuarenta años, cuarenta larguísimos años de represión y de miedo.

Germán de Castro apostó a caballo ganador. Sin embargo, pese a que consiguió mantener —e incluso aumentar— su estatus, abandonó España tras la guerra. Aunque era amigo personal de Franco, los militares más cercanos al Generalísimo le veían como una amenaza, como una mala influencia a la que era imposible eliminar pero a la que sí se podía entorpecer el camino. De Castro, advirtiéndose no aceptado en ese círculo, movió unos cuantos contactos y pidió algunos favores que se le debían en el Estado Mayor. Quería irse de España, quería irse ya, ser útil. Creyó que el mejor destino para trabajar era Alemania, país poderoso que, por la Guerra Mundial, necesitaba científicos y oficiales médicos. Con algunas cartas de

recomendación en el bolsillo, marchó a Berlín y allí se alistó en el ejército. Trabajó a las órdenes de diversos psiquiatras de tético prestigio y no tardó mucho tiempo en ser destinado como oficial médico a los campos de exterminio, en donde hizo experimentos con los allí confinados. De aquella forma tan inhumana, De Castro supo cuánto podía vivir un hombre sin dormir o sin comer, cuánto tardaba la piel en regenerarse si era arrancada a tiras o cuánto tardaba un hueso en unirse de nuevo tras haber sido partido por tercera vez. Ideó mil y un experimentos crueles para saber qué grado de resistencia mental a la adversidad tenían los marxistas, judíos, homosexuales y débiles de carácter. Todo valía, según él, para saber más del cerebro humano. Aunque nadie ha podido probarlo, cuenta la leyenda que él era quien firmaba los informes que certificaban cuándo un prisionero de los campos era considerado enfermo mental, cuándo y cómo debía utilizársele como “objeto de estudio” y cuándo había que “eliminarle”.

En 1945, cuando acabó la guerra, De Castro volvió a España en un estudiado silencio. Aún tenía amigos fieles y Franco todavía se acordaba de él. Se le asignó un trabajo de psiquiatra en las Canarias, lejos del ruido de las grandes ciudades peninsulares, en unos días en los que, precisamente, estaban siendo juzgados los oficiales nazis por crímenes contra la Humanidad. Posiblemente, Franco quería tener contento a De Castro pero, al mismo tiempo, quería mantenerle lejos de El Pardo.

De Castro volvió a Madrid en la década de los sesenta, cuando la gente intuía que, quizá, el régimen no duraría eternamente. Era ya un hombre de edad, con el pelo plateado y fuera de toda sospecha para los de uno y otro signo. Nadie supo cómo recuperó su puesto en la Universidad. Al cabo de unos meses, era un hombre reconocido en el

claustro, valorado por su visión escéptica de la vida, atemperada por el paso de los años.

El día en que Franco murió, él marchó a la Universidad como si nada hubiera pasado. Quería dar la clase que había preparado para ese día, sin duda, pero fue el propio decano quien, en la misma puerta de la Facultad de Medicina, le conminó a no hacerlo.

—Germán, ¿no se da cuenta que ha muerto el Generalísimo?

—La muerte —contestó De Castro— es el término natural de todo ser vivo. En el caso que nos ocupa, decano, era, además, totalmente predecible. ¿Qué hay de malo en el cumplimiento del deber?

Varios alumnos fueron testigos de esta conversación y el episodio corrió de boca en boca, exagerado, agrandado por las circunstancias. Paradójicamente, parecía que De Castro se oponía al régimen, a cualquier dictador vivo o muerto, a cualquier decano, a cualquier forma de autoridad no basada en la razón. A las pocas semanas, cuando la democracia dejaba de ser sólo una promesa, sus estudiantes le habían tomado como un ejemplo de profesional, íntegro y progresista, que se enfrentó al decano y que quiso trabajar, pese a las presiones, el mismo día de la muerte del dictador.

Desde entonces, políticamente se declaró moderado. Le llamaron de infinidad de instituciones para dar charlas sobre el rumbo que tomaba el país. Consciente de que algún día se sabría toda la verdad sobre su persona, decidió escribir un libro de memorias, en donde confesaba su pasado en el ejército del III Reich. Uno de los sentidos párrafos decía así:

“No podemos pedir a un ser humano que se comporte con toda normalidad en circunstancias que no lo son; no le podemos pedir que piense con lógica en situaciones extremas, cuando está expuesto al peligro de la cárcel, del hambre o del exilio. Es en esas circunstancias cuando uno se deja llevar por la vida y ésta decide por nosotros. Hubo un día en que la vida —al igual que pasó con millones de españoles— decidió por mí. Había terminado nuestra cruenta guerra civil, mis seres queridos habían desaparecido y yo estaba solo [...] En pos de mi carrera, tuve que decidir quedarme en España o trabajar fuera de mi país. A mí siempre me gustó el orden y la disciplina y, quizá por antecedentes familiares, creí que el ejército era una buena salida profesional para ejercer la medicina. Una tarde, paseando por mi jardín, pensé que el deber me debía llevar a un país en donde un psiquiatra aún joven hiciera falta. Como ya había vivido en Francia, mi deseo era marchar a otro país distinto, para aprender otra lengua y otra cultura. Me gustaba la idea de compartir aquellas experiencias que viví tratando las psicopatologías de los antiguos combatientes franceses de la I Guerra Mundial. ¡Alemania!, pensé. ¡Alemania! No pensé en su régimen político, sólo que yo podía hacer falta allí. A los pocos meses ya estaba en Berlín. Unos amigos que trabajaban en el Ministerio de Exteriores me procuraron unas cartas de recomendación que me allanaron el camino para alistarme. Gracias a aquellos documentos no tuve ningún problema. Solicité ir al frente.

>>Por desgracia, mi ayuda allí duró pocas semanas. Al cabo de escaso tiempo fui destinado como oficial médico a un campo de exterminio. Sí, he de confesar que yo estuve allí. Fui testigo de todos aquellos horrores, más duros e inhumanos de lo que podáis imaginar. Alguno se preguntará por qué no me negué a estar allí, en aquellas grandes fábricas de muerte, por qué consentí, por qué no hice nada.

Haberme negado entonces hubiera supuesto comparecer ante un tribunal militar. Hubiera supuesto, sin ningún género de dudas, enfrentarme a un pelotón de fusilamiento.

>>Al término de la guerra, estaba tan cansado del género humano que volví a España con la intención de alejarme de la civilización y no hablar con nadie. Pasé varios años en las Canarias y algunos también en las Baleares. Las buenas gentes que encontré allí me hicieron olvidar poco a poco los horrores de la guerra, hasta que un día decidí regresar a Madrid.

>>Antes de que todo ocurriera, yo había sido profesor en la universidad. Y, por una serie de causas y azares, el destino me devolvió a mi punto de partida. Recuerdo que el primer día que volví a la Facultad, a volver a hablar de Psiquiatría, me pregunté, justo antes de entrar en el edificio, si había valido la pena todo. Aún no he dado con esa respuesta. El caso es que lo que sí que recuerdo con toda nitidez fue el primer pensamiento que me vino a la cabeza al darme cuenta de que nunca hallaría esa respuesta. Sí. Pensé: No voy a desaprovechar esta nueva oportunidad que me da el destino.

>>Desde entonces, enseñé a mis alumnos —de los que aprendo tanto— que antes que médico hay que ser persona”.

Para curarse en salud, fue el propio De Castro quien incluyó en sus memorias un par de fotos suyas con el uniforme del ejército del III Reich y otra posando al lado de Serrano Suñer. También incluyó unas instantáneas al lado de Julián Besteiro y Largo Caballero.

Pasaron los años, y poco a poco se fue apagando la fama que ganó en la transición democrática. Recibió un premio o dos más, creo, que le sacaron del anonimato durante unos días, pero volvió pronto al olvido. Y así fue envejeciendo, dando una interminable cuerda a su reloj que se negaba a dejar de latir.

Y así fue también cómo Sofía y yo le perdimos la pista durante mucho tiempo, que creímos ya para siempre. ¿Qué pasó con nosotros?

Ahora que miro atrás, no sé decir si la vida me ha tratado bien o mal. He vivido y punto. A estas edades ya no hay vencedores ni vencidos; ni tipos con éxito o sin él. A esta edad que Sofía y yo tenemos, a poco de que termine el siglo veinte, uno se ha vuelto un superviviente.

Cuando empezó el asedio a Madrid, Senn, Sofía y yo recibimos una cariñosa carta de alguien muy conocido para mi suegro, del que nos habló una vez, hacía años. Salvador del Val, el remitente de la misiva, era el conocidísimo propietario de unas bodegas en Jerez. Pocos sabían su pasado: era aquel cirujano que dejó de ejercer la Medicina tras un penoso incidente, el médico que se presentó bebido a una operación y que se desplomó sobre el paciente sedado.

Querido Juan:

Amigos comunes me comentan que no puedes ejercer la medicina en Madrid, no sólo por la guerra ni por el asedio a la ciudad, sino porque, quizá, alguien que todos conocemos te la tiene jurada.

Aún recuerdo el cariño y la consideración que recibí de ti cuando la suerte me fue adversa y cuando mi juventud e inexperiencia hizo que yo actuara de forma inconsciente.

Creo que sólo tú y un par de médicos más defendieron que se me diera otra oportunidad.

Siempre te he tenido en el corazón.

Quiero decirte que aquí, en Jerez, el tiempo es suave y benigno para un viejo romántico como tú. En el pueblo donde vivo hace falta un médico. La guerra nos dejó sin el que había aquí. Soy amigo del alcalde, ¿por qué no te vienes? Tú, tu hija y tu yerno, podéis venir los tres, al menos hasta que todo se haya calmado.

Así lo hicimos y pudimos estar moderadamente tranquilos hasta el final de la guerra, sobreviviendo con lo poco que ganábamos en aquel pueblo gaditano y al amparo de aquel amigo de Juan Senn.

Volvimos a Madrid cuando terminó la guerra. A nadie le extrañó nuestra marcha y a nadie le extrañó que volviéramos. Ningún vecino del inmueble hizo preguntas. Ninguno nos miró con cara extrañada. Todos daban por sentado que, si habíamos regresado, era porque comulgábamos con el nuevo régimen. Nada más lejos de la realidad, odiábamos todas las dictaduras fueran del tipo político que fueran. Poco a poco, los pacientes también volvieron; no todos, pero sí un buen número, que, al menos, no nos hizo pasar hambre en la posguerra. Mientras, en la otra punta de la ciudad, De Castro estaba tan ocupado con sus propios asuntos personales antes de irse a Alemania que no reparó en nuestro regreso y no nos denunció por tener amigos de dudosa catadura moral. Al menos, eso queríamos creer para sentirnos un poco más a salvo.

Sofía y yo tuvimos a nuestro primer hijo entonces, pero la alegría volvió a durar poco. Senn murió un par de años después. Una de las

imágenes que más recuerdo de él es cuando estaba sentado con el pequeño en el sofá, encima de las rodillas, con la música de Verdi. En los círculos médicos aún se le recuerda, de vez en cuando, gracias a los artículos que escribía para revistas especializadas, nacionales y extranjeras. Hace poco, una estudiante realizó una Tesis Doctoral sobre él.

Cuando falleció Senn nos mudamos de su casa a una más pequeña, la nuestra. Cerramos la que fue su consulta y abrí la mía propia, mucho más modesta. Sofía se dedicó a dar clase en un colegio y fue, hasta jubilación, una de las profesoras más queridas del centro. Cada persona debe navegar por sus propios mares, no por los de los demás, aunque sean de personas a las que se haya admirado. Volviendo la vista atrás, creo que no nos ha ido mal con esta filosofía, que es la que hemos intentado inculcar toda nuestra vida a hijos y nietos.

Cuando era joven, anhelaba tener la sabiduría de un nonagenario, intuir cuál es el objeto de la vida. Hoy, que me encuentro en esa edad, compruebo con algo de asombro —como si de una gran broma se tratara— que para mí no han pasado los años, y esa sabiduría que yo creía que iba a tener es, en realidad, un saber encajar los golpes y saber esperar a que esta película llegue a su fin sin dramatismos. Sin embargo, quiero más tiempo. Hay tantas y tantas cosas que me quedan aún por hacer. Hay tantas y tantas cosas que quiero aprender aún. El sabor de un buen café aún me sorprende como si fuera el primero; lloro con una película como cuando tenía quince años. Y me gustaría vivir mil años más.

Ir pronto a casa

De golpe, dejo de recordar todo lo sucedido durante las últimas décadas. He caminado a paso lento hasta donde está De Castro. A un metro escaso, me doy cuenta de que él tiene un tubo de plástico introducido por la nariz y de que se le cae el labio inferior, casi babeando. No mira a la cristalera o, al menos, exactamente. Vive perdido en su mundo.

—Hola, ¿quiere algo, señor? —me pregunta la señora que va con él.

—No, perdone, creía que era una persona que conocí hace tiempo.

—Pues puede que lo sea, porque este señor que aquí ve en su día fue importante. Germán —le dice al oído con un tono de voz más alto, casi como si fuera sordo—, mira, todavía hay gente que te reconoce.

Como si fuera un buey viejo, con el labio inferior belfo, salivando constantemente, aquel que un día fue un prestigioso médico que vino de la Sorbona me dirige una mirada vacía.

—Perdone, señorita, me he confundido. No le conozco.

Me doy la vuelta; mi nieta viene en mi búsqueda.

—¿Le conoces?

—Oh, sí, ya lo creo.

—Entonces, ¿por qué no le has dicho nada?

—¿Sabes lo que te digo? Que hoy hace un día precioso, que estoy disfrutando contigo, y que también quiero que me lleves pronto a casa para no dejar a tu abuela sola mucho tiempo.

No quiero mirar atrás cuando mi nieta y yo salimos por la puerta. Ella me mira con cariño y me pregunta:

—Oye, abuelo, ¿es verdad que estuviste una noche en un manicomio con tu suegro?

—Claro que sí. Buf, si yo te contara. Conocí a Largo Caballero, a Julián Besteiro, a... Pero, bueno, déjame decirte que eran otros tiempos. Fíjate si todo ha cambiado que, cuando yo era joven, en Madrid había barrios que olían a tahona, la gente viajaba en tranvía, y chicos con gorrilla vendían la prensa por la calle.

A modo de bibliografía

La pequeña historia que cuenta esta novela es ficción, pero está enmarcada en otra Historia, con mayúscula y cruelmente verdadera, que tocó vivir a los españoles en los años 20 y 30 del siglo pasado. Para enriquecer la trama con matices históricos, consulté diversos manuales de Historia de España, como los escritos por Raymond Carr, Pierre Vilar o Javier Tusell.

Para saber más de la vida cotidiana y captar el ambiente de entonces, leí y disfruté *Madrid 1900*, de Pedro Montoliú, la serie *Crónica de Madrid*, coordinada por L. López Sancho; la historia de ABC titulada *ABC. El periódico del siglo*, o, incluso, *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea. Para saber cómo era el sistema educativo de la época, me fue de gran utilidad el libro de Etayo Gordejuela, Galindo Nieto y Portela Sandoval, titulado *Universidad Complutense, de Madrid de la Edad Media al III Milenio*.

La búsqueda por Internet era también obligada. Fueron de muchísima ayuda las páginas web de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (cervantesvirtual.com), de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (uned.es), de la Unión General de Trabajadores (ugt.es). Encontré datos de mucho valor en pequeños tesoros en forma de web, como la página del Instituto de Enseñanza Secundaria Casas Viejas, de Cádiz (iescasasviejas.net), Madrid histórico (madridhistorico.com), Segunda República

(segundarepublica.com), Ojos de papel (ojosdepapel.com) Historia-
Es (historia-es.com), o el Portal Fuenterebollo (fuenterebollo.com).